3 1761 06781015 0

PQ
6623
U5C5
1920

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elclimadepamplon00mu

PEDRO MUÑOZ SECA
Y
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

(53)
A

EL CLIMA DE PAMPLONA

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

Uma senhora rica reune os
parentes - abrahamicos - e
declara-lhes que por seus
caprichos no Testamento para
lhes deixar a fortuna é morrer
de morte natural e casar com
determinado indivíduo. Luta
dos parentes para meter á
cara do Duque - que é o homem
escolhido pela senhora - e
tornar episodios comicos que
daí derivam

EL CLIMA DE PAMPLONA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

———

Droits de representation de traduction et de reproduction reservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvege ét la Hollande.

———

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CLIMA DE PAMPLONA

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

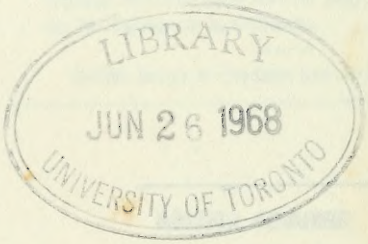
PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid
la noche del 9 de abril de 1920

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO. M 551
1920

PQ
6623
U5C5
1920



A D. Ricardo Monasterio, maestro de autores cómicos.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUZ	Sra. Alba.
URSULA	Mesa.
GENEROSA	Andrés.
LUISITA	Srta. Carbone.
FELISA	Redondo.
FLORENTINA	Sra. Villa.
CLEMENTINA	Srta. León.
NICASIA	Cortesina.
RAMONA	Caba.
DUQUE	Sr. Bonafé.
HONESTO	Tudela.
NICOLEUS	Gorbitz.
ANTÓN	Del Valle.
CASIMIRO	Asquerino.
CASTO	Pereda.
ISIDRO	Riquelme.
VICTOR	Roa.
DON VITAL	
DON PASCUAL	Caba.
DON MARCIAL	Insúa.
DON TEODOSIO	Gutiérrez.
QUEJIDO	Díaz.

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Luz. Muebles y tapices de la más severa elegancia. Dos puertas en cada lateral. En el fondo un amplio balcón que da a un patio no muy ancho. Este balcón está tapado por unos cortinones, pero cuando éstos se descorren ha de verse al foro otro balcón igual correspondiente a la casa de enfrente, y a través de él un elegantísimo despacho. Son las siete de la tarde. La acción en Madrid, un día de Abril. Época actual.

—

(Al levantarse el telón están en escena FELISA y CASIMIRO. Felisa es una muchacha muy guapa y muy elegante. Casimiro es lo que se dice un pollo «bien». Ambos, cerca de la primera puerta de la derecha, miran hacia el interior del lateral, un tanto preocupados.)

FEL. ¿Vienen?

CAS. Aún no. Están reconociendo ahora al pobre Carmona.

FEL. Se mueren los cuatro, Casimiro.

CAS. ¡Calla! ¡No me asustes!

FEL. Se mueren los cuatro. Y eres tú, ¡tú!...

CAS. ¡Si no te callas, te ahogo!

FEL. Tú el asesino. ¡Tú el que los mata! Como mataste a los otros. ¡Me consta!

CAS. ¡Por piedad, Felisa! ¿Van a celebrar aquí la consulta?

FEL. Sí. ¿Tiemblas, eh? ¡Ah!

CAS. ¿Yo? ¿Cuántos han venido?

FEL. Dos y don Vital, el de cabecera.

CAS. Silencio, que llegan. Me quitaré de en medio. (Suplicante.) ¡Felisa!

FEL. No, si yo también me voy. Si me preguntan tendría que confesar la verdad...

CAS. ¡Eso nunca!

FEL. Y no quiero comprometerte.

CAS ¡Gracias! Te juro que no lo volveré a hacer. Hasta luego.

FEL. Adiós. (Vase Casimiro por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Desgraciado! (Vase Felisa por la segunda puerta de la derecha.)

(Por la primera puerta de la derecha, entran en escena muy pausadamente, DON VITAL, DON PASCUAL y DON MARCIAL. Vienen hondamente preocupados. Don Vital, viste de levita; don Pascual, de chaquet, y don Marcial, de traje negro.)

VITAL Celebraremos aquí, si les parece bien, la consulta facultativa. (Indicándoles que tomen asiento.) Don Marcial... don Pascual...

MAR. (Idem.) Usted primero, don Vital.

VITAL Gracias, compañeros. (Se sientan los tres.) ¡Ejém! Tratemos ante todo... de los honorarios.

MAR. Es lo más prudente.

VITAL (Explorando.) ¿Cien pesetas por barba? ¿Eh? Yo, como soy el de cabecera, pondré solamente la mitad.

PAS. Yo, en estos casos extremos, acostumbro a poner el doble de lo que pienso cobrar. Sí, sí, después del fallecimiento, casi siempre le sale al difunto un tío Paco que viene con la rebaja...

VITAL Sensato. Yo la mitad y usted el doble. (A don Marcial.) ¿Y usted, compañero? ..

MAR. Yo creo, que debemos cobrar todos lo mismo; pero, como es de conciencia, que cada uno perciba lo que quiera; puesto que el uno desea cobrar la mitad y el otro el doble, aunemos, englobemos, igualemos y cobremos cada unc el doble más la mitad.

VITAL Sensatísimo.

MAR. (Despidiéndose de don Vital.) Compañero, soy de usted.

PAS. (Idem.) Soy de usted, compañero.

VITAL Hablemos ahora de los enfermos.

MAR. ¡Ah! ¿Pero vamos a hablar también de los enfermos? (Sentándose.) Bien.

PAS. (Sentándose.) Bueno. Le escuchamos. Usted es el de cabecera y debe hablar primero.

VITAL Compañeros: he solicitado la celebración de esta consulta, porque ante la enfermedad que aqueja a los cuatro pacientes que aca-

bamos de examinar, estoy verdaderamente perplejo. ¿Qué tienen? ¡Lo ignoro!

MAR. ¡Coincidimos!

PAS. ¡Coincidimos!

VITAL El corazón acusa normalidad, normales están el pulmón, el riñón y el torrente circulatorio, y sin embargo, los cuatro se mueren como se murieron los otros cinco la semana pasada. ¿Por qué? ¡Ah!

PAS. ¡Coincidimos!

MAR. ¡Coincidimos!

VITAL ¿Ustedes han observado en los pacientes algún síntoma que permita formular un diagnóstico? (A don Marcial.) Hable, compañero.

MAR. (A don Pascual.) Hable, compañero.

PAS. (A don Marcial.) Usted primero, compañero.

MAR. Gracias (Tras una breve pausa.) Efectivamente, compañeros: el caso que nos ocupa es harto dudoso. Yo creí en un principio, que en vista de que no sabemos qué tienen los pacientes, se trataba de la grippe, pero, al examinar detenidamente al primero de los enfermos, creo que se llama Ricardito...

VITAL ¡Justo!

MAR. Creí que era Ricardito.

VITAL Y así se llama, compañero. He dicho ¡justo! ¡Así es! ¡En efecto!

MAR. Ya. Pues en Ricardito, repito, he creído encontrar los síntomas de una rara intoxicación.

VITAL ¿Eh?

MAR. Sobre todo en los ojos. Cristalino vidrioso, iris algo rojizo y una inquietud en las niñas que no pude por menos de decir aquí al compañero, «no he visto jamás unas niñas más exaltadas.»

PAS. Es cierto.

VITAL ¿Usted cree, don Pascual?...

MAR. Que se trata de un envenenamiento, don Vital.

VITAL ¡Don Marcial! Lo que usted dice es grave, muy grave. ¿Quién podría tener interés?... Además, un solo síntoma no es suficiente para diagnosticar... ¡Yo no he recetado más que bicarbonato!

MAR. No es intoxicación farmacéutica...

VITAL ¡Ah!, bien, bien... ¿Pero si no es con cosas

farmacéuticas, con qué se han podido intoxicar?

MAR. Lo ignoro, pero para mí es evidente. Sobre todo, el último de los reconocidos... ¿Se ha fijado el compañero cómo mueve el rabo?

VITAL ¿Lerroux?

MAR. ¿Se llama Lerroux? Pues Lerroux lo mueve de arriba a abajo, sin ondularlo, de izquierda a derecha, y el movimiento de arriba a abajo, es signo de intoxicación en los gatos.

VITAL Sí, es posible... Cuando un profesor veterinario como usted...

MAR. Créame, compañero: aunque yo, desde que terminé la carrera me he dedicado a la especialidad de los peces, tanto, que soy el único veterinario de peces que hay en España, por asociación de ideas, he ahondado en el estudio del gato, y le aseguro a usted que esos cuatro gatos, están envenenados.

PAS. Yo creo que debíamos interrogar a la persona encargada del cuido y alimentación de los felinos.

VITAL Lo estimo muy acertado (Hace sonar un timbre.)

RAM. (Doncella, por la derecha, segunda puerta.) ¿Llamaban los señores?

VITAL ¿Quién es el encargado del cuido y alimentación de los pacientes?

RAM. ¿Qué pacientes?

VITAL De los felinos.

RAM. ¿Qué es eso?

VITAL De los gatos.

RAM. ¡Ah! Nicasia.

VITAL ¿Está ahí?

RAM. Sí, señor.

VITAL Dígale que tenga la bondad.

RAM. Eso no hay que decírselo a ella, porque ella trata a los animales, como si fueran hijos suyos.

VITAL ¡Que tenga la bondad de venir!

RAM. Sí, señor. (Se va por la derecha, primera puerta.)

MAR. La doncella es más torpe que una grúa.

VITAL Me extraña que una señora tan lista y tan nerviosa como doña Luz, tenga en su casa domésticas tan cerriles.

PAS. Esta doña Luz Alamín, dueña de esta casa, es la doncella que tenía la difunta marquesa de San Acacio, ¿no?

VITAL La misma. La marquesa, al morir, hace poco más de un año, la dejó nueve millones de pesetas, esta casa y once gatos, de los cuales sólo restan esos cuatro infelices.

MAR. ¡Qué suerte! ¡Heredar esa millonada!

VITAL ¡Bien se la ganó doña Luz! Durante veintidós años vivió esclava de los caprichos de la marquesa y soportó pacientemente sus impertinencias que no eran pocas. Es una mujer de un gran mérito.

PAS. Me gustaría conocerla

VITAL No sé si estará ya bien. Durante varios días ha guardado cama a consecuencia de un susto. Parece ser, que yendo en su automóvil por la carretera de El Pardo, la dispararon un tiro que por poco la dejan tiesa en la carrocería.

MAR. ¡Qué barbaridad! ¿Y sería intencionado?

VITAL ¡Qué sé yo! Pero tiene tantos parientes pobres que desean heredarla...

MAR. Entonces ..

RAM. (Por la primera derecha.) Ahora viene Nicasia. Estaba dándole el amoníaco a Wilson.

VITAL (Levantándose.) ¿Eh? ¿Cómo el amoníaco?

PAS. (Idem.) ¿Qué es eso del amoníaco?

MAR. Calma, compañeros, calma. (A Ramona.) Puede retirarse.

RAM. Está muy bien. (Vase por la segunda derecha.)

MAR. ¿Están ustedes viendo? Aquí hay alguien que no juega limpio, compañeros. ¡Aquí hay gato intoxicado!

PAS. (Viendo entrar a Nicasia por la derecha, primera puerta.) ¡Silencio!

NICASIA (Criada.) Para servir a los señores.

VITAL (La chica está bien.) Nicasia, sin rodeos y diga la verdad, que es lo que menos puede comprometerla. Usted, ahora mismo, estaba dando el amoníaco a uno de los gatos.

NICASIA Sí, señor, a Wilson.

VITAL ¿Por orden de quién, y a santo de qué?

NICASIA Por orden del señorito Casimiro, y a santo de quitarle la borrachera.

MAR. ¿Pero los gatos?...

NICASIA Me explicaré, porque yo no quiero líos. ¡La responsabilidad p'al gato!

VITAL ¿Para cuál de ellos?

NICASIA Es un decir. Oíganme ustedes con calma, porque hay que hacer un poco de historia.

Cuando doña Luz heredó a la señora marquesa, que esté en gloria, como doña Luz tiene una de cuñados y sobrinos boquerones que meten miedo...

MAR. A ver, a ver... ¿qué es eso de boquerones?

NICASIA Vamos, parientes sin dos reales, ya ustedes me entienden; pues cayeron todos sobre ella como la langosta, y aunque don Teodosio, el notario, que es quien la aconseja, le dijo que debía darles una pensión pá que se fueran de Madrid, ella, que sentía debilidad por sus dos sobrinos, los artistas, fué y se trajo a su casa a los artistas.

VITAL ¡Ah! Luego la señorita Felisa y el señorito Casimiro...

NICASIA Artistas. Ella ganaba en el Coliseo Imperial, cuatro pesetas, y él andaba por ahí con los Perroltis, unos excéntricos que exhiben animales amaestrados y que actuaron el año pasado en el Circo.

VITAL ¿Los Perroltis?

MAR. Sí, aquellos que traían un carnero que berreaba la romanza de *Tosca*.

NICASIA ¡Ele!

PAS. ¡Ah! Los del gallo calculista, aquel gallo que sumaba y se equivocaba siempre.

NICASIA Pues, apropósito: ¿se acuerdan ustedes de aquel muchacho que salía con el gallo y decía muy serio: «Respetable público, este gallo, aunque parezca a simple vista que se equivoca al sumar, no es que se equivoque, es que él lleva siempre un pico de más y muchas veces al sumar incluye el pico.»

VITAL Sí, me acuerdo de él; menudo fresco.

NICASIA Pues aquel fresco era el señorito Casimiro.

VITAL ¿Es posible?

NICASIA Y de vivir con los Perroltis, se le ha quedao tan arraigada la costumbre de amaestrar a cuantos animales ve, que ya es una manía, y como los enseña emborrachándolos con pippermín, pues ha matao ya una yegua, al perro del jardín y a cinco gatos, y si Dios no lo remedia, estos otros cuatro van a salir también de pira.

MAR. ¡Qué espanto!

PAS. Oiga, ¿y llega a enseñarles algo?...

NICASIA ¡Cosas prodigiosas! ¡Si no se le murieran!...

Ese gato blanco que acaban ustedes de ver, el Ricardito, a la tercera cucharada de pippermín, pega una cabriola, mete el rabo en el tintero y escribe en el suelo: «Vivan las sardinas!»

VITAL ¡Portentoso!

NICASIA Y ese otro rubio que le dicen Lerroux, se sube al piano, y paseándose por el teclado, inicia la marsellesa.

PAS. ¡Qué prodigio!

NICASIA Ahora que se mueren, porque se quedan luego en un estao de postración...

VITAL ¿Y la señora no sospecha?...

NICASIA No, señor. ¿Quién es el guapo que le va con el cuento?... Yo se lo he contao a ustedes, porque a ustedes, ¿qué más les da? Al contrario: mientras estén enfermos, pues vengan visitas, vengan recetas, vengan consultas y venga de aquí. (Dinero.)

VITAL ¡Nicasia!

NICASIA La señora quiere mucho a los gatos, pero quiere más a su sobrino, y el que vaya y le diga... ¡uf! ¡Se ha caído!

PAS. ¡Claro!

NICASIA Ahora vendrá ella, porque la he dejao dando un vistazo a los enfermos. Ahí está ya. ¿Mandan ustedes algo?

VITAL No, nada, muchas gracias. (Vase Nicasia por la derecha, segunda puerta. A sus cofrades.) Yo creo que la fámula dice bien. Nosotros no debemos delatar...

MAR. ¡De ninguna manera!

VITAL Provocar un disturbio en la familia ..

PAS. ¡Eso nunca!

VITAL Diremos que los animalitos tienen encefalitis letárgica y nos impondremos el sacrificio de seguir visitándolos.

MAR. Es lo más prudente.

(Por la primera puerta de la derecha entran en escena FELISA y DOÑA LUZ. Esta doña Luz, mujer de cuarenta y cinco años, muy requetebién vestida, es una especie de torbellino. Habla rápidamente, muda de sitio frecuentemente y no puede estar parada un minuto. Viene muy acongojada, muy nerviosa, pero pasa de la congoja y del nerviosismo a la tranquilidad bruscamente, sin claro obscuro de ninguna clase.)

LUZ ¡Se mueren, se mueren, se mueren!...

FEL. ¡Por Dios, tía!

LUZ ¡Me quedo sin uno! ¡La verdad! ¡Decidme la verdad! ¡Pronto! ¡Venga! ¡Ya!

VITAL Calma, señora, calma. ¿Quién sabe aún? Hay que tener paciencia.

LUZ ¿Eh? ¿Paciencia? ¿Quién? ¿Yo? ¡Yo no puedo tener paciencia! ¡Señor Martínez!

VITAL ¿Eh?

LUZ (Durante toda la escena con los veterinarios, doña Luz, va sentándose en todos los sillones, sillas e incluso mesas, que hay en el salón.) No, señor; yo soy una mujer a quien se le acabó la paciencia. Por si usted lo ignora y para que no incurra jamás en mi enojo, le diré los motiv s. (Excitada.) He vivido treinta años, ¡que son, trescientos sesenta meses! ¡Qué son. mil ochenta días!, con ¡mil ochenta noches!, al lado de la Marquesa de San Acacio, que era una señora metódica ¡metódica! hasta la exageración y cachazuda .. ¡cachazuda!, hasta lo inverosímil, y he gastado con ella tantísima paciencia, que ya se me acabó, se me acabó, se me acabó. Yo no tengo paciencia. (Tranquila.) ¿Ustedes no conocieron a la difunta?

MAR. Yo, sí, y me pareció siempre una señora algo rara.

LUZ (Excitada.) ¿Rara? ¡Quiá! ¡Unica! ¡Esclava del minuto, de la hora, del método! ¡Oh! Mire usted: allá por el año noventa y nueve, salimos un sábado y nos sorprendió en la calle un aguacero, pues desde esa fecha hasta el año pasado, ¡diez y ocho años! estuvimos saliendo todos los sábados con impermeable, y todos los sábados de esos diez y ocho años, hemos hecho el ridículo, porque no hay sábado sin sol. ¡Lo que hemos sudado! Uf, ah, oh! (Tranquila.) Ya saben ustedes que se murió en Viena.

VITAL ¿En Viena?

LUZ Sí, en Viena, en la pastelería de ese nombre. (Excitada.) Pues fué porque todas las tardes, a las seis, íbamos a Viena, a tomar té con brioches, y el día de su fallecimiento me dijo: «Vamos, Luz, no es cosa de faltar a Viena porque me sienta morir.» Y entregó su alma al Señor, comiendo brioches.

PAS. ¡Pobre señora!

LUZ ¡Oh! Llevaba el método hasta la exageración. ¡A las nueve, el desayuno; a las diez,

la misa; a la una, la sopa en la mesa; a las dos, pulimento de uñas... ¡Uf, ah, oh! ¡Era esclava de las horas! ¡Romanones la mató!

FEL. ¿Qué dices, tía? Hoy estás de una incongruencia...

LUZ ¿No fué Romanones a quien se le ocurrió por primera vez adelantar el horario? Pues cuando se levantó y vió que en vez de ser las nueve eran las diez y que a la una, su reloj de pulsera marcaba las doce, y que la manicura vino a las tres y porfió con ella que eran las dos, le entró una congoja de muerte. Llegó a Viena a las seis y eran las siete, y se fué al otro mundo diciendo: ¡Me ha llegado la hora! ¡Pero la antigua, la antigua!... ¡Perdono a Romanones para que Dios me perdone a mí! Y expiró.

VITAL ¡Infeliz!

LUZ (Tranquila y llorosa.) Al día siguiente la enterraron. Era un sábado de Agosto. ¡Yace en la Almudena vistiendo el impermeable! (Excitadísima. ¡Aquel mismo día, estallé! ¡Sí, estallé! En cuanto se llevaron a la señora, puse en la sala, el comedor; en el comedor, la alcoba; el gabinete, en el pasillo; los muebles del pasillo, en el billar; el billar, en la cocina, y el primer sábado que llovió, salí a la calle con un trajecito clarín, zapatos de lona y una sombrilla playera, que me siguieron los guardias. (Ríen.) Pueden ustedes reirse, pero es así. Hay quien vive sin una pierna, sin un brazo, sin esperanzas, sin ilusiones... y yo vivo sin paciencia ¡Uf, ah, oh! ¡Se me acabó la paciencia! (Queda un poco postrada por el derroche de nervios. Muy tranquila.) Y esto me hace muy desgraciada. Yo empiezo a leer las novelas por el final, a mí no me pueden contar una cosa interesante empezando por el principio... (Más excitada que nunca.) ¡Yo no puedo ir a los toros porque se lidian uno a uno! Y es inaguantable. ¡Uno, otro, otro... hasta seis! Debían salir los seis a la vez. ¡Toro! ¡Ju! ¡Eh! ¡Alza! ¡Ole! ¿No le hacen lo mismo a todos? ¡Pues entonces! Del teatro no hablemos. Eso de los entreactos... ¡no! ¡No! Yo voy, y mientras no pasa nada, todo va bien; pero en cuanto surge el primer conflicto, llamo al acomodador. «Oiga:

¿se casa por fin el Barón con la huérfana?» Sí, señora. Me alegro muchísimo. Y como tardan en casarse, porque a lo mejor faltan dos actos, pues dejo mi tarjeta y me voy. Porque es que... (A don Marcial, nerviosamente.) ¡Caballero!

MAR. ¿Es a mí?

LUZ ¡Lleva usted media hora con una pierna sobre la otra! Haga el favor de variar de postura.

MAR. Con muchísimo gusto, señora. (Cruza la otra pierna.)

LUZ (Tranquila.) ¿De manera que los gatos?

VITAL Están muy graves, señora. Ahora vamos a examinarlos nuevamente y veremos si con unas inyecciones de amoníaco... (Se levanta.) ¿Vamos, compañeros?

LUZ Esos letreros que hay en el parque los han puesto ustedes para ver si se animan, ¿no?

VITAL ¿Qué letreros?

LUZ Esos de «¡Vivan las sardinas!»

VITAL Ah, sí, señora. Son... rótulos excitantes. Un procedimiento novísimo de curación... Le diré en un pequeño discurso...

LUZ ¡No! ¡Latas terapeúticas, no! (Empujándolos de mala manera.) Vayan, vayan y no perdonen medio para lograr la salud de los enfermitos. ¡Hala! ¡Pronto! ¡Ya! ¡Uf! ¡Ah! ¡Oh! (Se van por la primera derecha don Vital, don Marcial y don Pascual, deshaciéndose en cumplidos. Luz, hace sonar un timbre.)

RAM. (Por la segunda puerta.) ¿Señora?

LUZ ¿Ha venido el notario?

RAM. (Contesta siempre rapidísima y en progresión creciente.) No, señora.

LUZ ¿Y el señor Nicoleus?

RAM. Tampoco.

LUZ Si vienen, que pasen en seguida.

RAM. Sí, señora.

LUZ ¿No ha venido nadie más?

RAM. No, señora.

LUZ ¿Está todo listo?

RAM. Sí, señora.

LUZ ¡Ah! A las cuatro va a reunirse aquí toda la familia.

RAM. Sí, señora.

FEL. ¿Eh? ¿Qué dices, tía? ¿También mi madre?

RAM. Sí, señora.

LUZ — Tu madre, tu hermano, tus tíos, tus primos y demás parientes y afectos.

FEL. — ¡Dios mío!

LUZ — (A Ramona.) Ya lo sabe, hoy puede dejarlos pasar.

RAM. — Sí, señora.

LUZ — Vete.

RAM. — Sí, señora. (Vase por la derecha segunda puerta.)

FEL. — Pero, tía, ¿no temes que se peguen?

LUZ — Aunque se peguen, es indispensable. Busca a Casimiro y dile que le necesito.

FEL. — No sé dónde estará.

LUZ — Búscale.

FEL. — Puede que haya salido.

LUZ — Búscale y no vuelvas sin él.

FEL. — Bueno. (Hoy está imposible.) (Se va por la izquierda segunda puerta.)

LUZ — (Al verse sola.) ¡Dios mío! ¿Estará? (Se acerca al balcón del foro y mira por entre la cortina.) Sí; está dictando al taquígrafo. (Suspira.) ¡Qué hombre!... Le observaré desde la penumbra. (Con gran cuidado descorre la cortina. El balcón está abierto, el correspondiente al cuarto de enfrente también. En su despacho, EL DUQUE DE CALAMARCA, un gran señor como de cincuenta años, con una cara de besugo que asusta, dicta, pausada y pomposamente, a QUEJIDO, su taquígrafo. Doña Luz se aleja del balcón, se sienta y contempla al Duque verdaderamente arrobada.)

DUQUE — Yo creo, yo opino y yo sostengo, señores académicos, que ese mosaico, aunque colocado en un friso, no es un mosaico *opus musivum,* sino un mosaico *opus verniculatum.*

LUZ — (¡Qué culto!)

DUQUE — Punto. Me explicaré. La iglesia parroquial de Vergara del Monte, ha estado cerrada durante noventa años.

LUZ — (¡Qué culto!)

DUQUE — ¿Por qué ha estado cerrada durante noventa años? Es muy curioso.

LUZ — (¡Ay! ¿Por qué habrá sido? ¡Me encanta este hombre! ¡Es amenísimo!)

DUQUE — ¿Por qué el palacio contiguo a la iglesia no lo habita nadie y le llaman el palacio maldito? ¿Por qué?

LUZ — (Saltando de inquietud.) ¡M'has matao! ¡Ay, ay!

DUQUE — La explicación es interesantísima. (Bebe un poco de agua.) ¿Qué ha puesto usted, Quejido?

QUEJ. (Leyendo.) La... la... ¡caramba!

LUZ (Saltando.) ¡Ah! ¡Oh! (Se levanta y se acerca impaciente al balcón.)

QUEJ. Esto de la taquigrafía es de una dificultad... Porque escribir se escribe con rapidez, pero luego, para traducir... (Lee con grandes apuros.) La explicación es interesantísima.

LUZ (Sí; pero ¡venga!)

DUQUE (Dictando.) Voy a exponerla.

LUZ (¡Gracias a Dios!... Una iglesia cerrada noventa años, un palacio maldito, ¿por qué? ¡Uf! ¡Ah! ¡Oh! ¡Pronto!)

DUQUE (Dictando.) Y lo diré en dos palabras.

LUZ (Trémula.) (¡Sí!)

DUQUE (Dictando.) Pero antes, relatemos la historia de Vergara del Monte, desde su fundación por los cartagineses.

LUZ (Gritando frenética.) ¡No! (Cierra las cortinas y se queda de espaldas a ellas, avergonzada de lo que ha hecho.)

RAM. (Por la segunda puerta de la derecha.) ¿Señora?

LUZ ¿Eh? ¿Qué?

RAM. El señor notario. (Hace una inclinación de cabeza, dejando entrar al notario. Se va.)

LUZ Que pase.

TEOD. ¿Señora? ¿Cómo va? (Le alarga la mano.)

LUZ (Estrechándosela convulsa.) ¿Usted sabe por qué ha estado sin abrirse noventa años la iglesia parroquial de Vergara del Monte, y por qué el palacio que está contiguo a la iglesia le llaman el palacio maldito?

TEOD. ¡Señora!

LUZ ¡Necesito saberlo!

TEOD. Pues yo mañana...

LUZ No, hoy, ya, ahora mismo. ¡Venga!

TEOD. ¡Señora!

LUZ ¡Diga!

TEOD. Yo creo que lo que me trae aquí esta tarde, es de bastante más importancia que todo eso.

LUZ Es verdad. Lo había olvidado. Perdóneme, siéntese.

TEOD. (Sentandose.) Aquí tiene usted una minuta de su testamento, redactada en la forma que convinimos.

LUZ Muy bien.

TEOD. Creo que con estas cláusulas conseguirá usted lo que se propone.

LUZ ¡Ay! ¡Ojalá!

TEOD. Y no volverán a dispararla más tiritos.

LUZ ¡Ah! ¿Pero sigue usted creyendo? ..

TEOD. Y lo cree todo el mundo, señora. Posee usted nueve millones de pesetas, tiene usted una hermana, dos cuñados y media docena de sobrinos, con tan poca costumbre de ver dinero, que se encuentra en la calle un duro y se lo cuelgan, creyendo que es una medalla de San Expedito. Todos sueñan con heredarla a usted, y ¡qué diantres! Ya usted me entiende.

LUZ Pero, ¿desconfía usted de alguno de ellos en particular?

TEOD. No sé, no sé qué contestarle, señora, pero tiene usted un cuñado, el padre de ese muchacho que vive con usted. .

LUZ ¿Eh? ¿El padre de Casimiro? ¿Honesto?

TEOD. El mismo. Yo no quiero ofenderle, pero ese don Honesto, por diez pesetas es capaz de pegarle un tiro a su abuela.

LUZ ¡Por Dios! ¡Tan simpático!...

TEOD. Simpatiquísimo, ingeniosísimo, pero peligrosísimo. (Se quita los lentes y empieza a limpiarlos.)

LUZ No, si yo le tengo prohibida la entrada en mi casa como a todos los demás. El último día que vino a verme, noté que no se sentaba, le pregunté la causa y me dijo que no podía doblar la pierna derecha porque padecía un agudo ataque de reúma; compadecida, le di once pesetas para salicilatos, y luego averigüé que lo que tenía en la pierna era la barra de un portier del pasillo.

TEOD. ¡Ya ve usted! ¡Cuando yo le digo que es un hombre peligrosísimo!... Ahora que puede que le sea a usted de gran utilidad para conseguir lo que se propone.

LUZ ¡Dios lo quiera! (En la casa de enfrente suenan risas de mujer. Luz se levanta de un salto.) ¡Ah! ¡Ya están ahí! (Se dirige rápidamente al foro y mira por entre las cortinas.) ¡Sí!

TEOD. (Compadeciéndola.) (¡Está de lo peor!)

LUZ (Amenazadora.) ¡Ríe, ríe, vieja estúpida, pero no te saldrás con la tuya! Para destruir tu plan, tengo yo nueve millones de pesetas.

TEOD. ¿Pero ocurre algo nuevo?

LUZ (Dejando de mirar y volviendo a su agitación.) Mucho, don Teodosio.

TEOD. Diga, me interesa.

LUZ ¿Sabe usted ya lo de Nicoleus? (Empieza a excitarse y sigue en crescendo hasta el final de la escena.)

TEOD. No.

LUZ ¡Yo se lo diré a usted todo seguido, seguido, seguido! ¡No me interrumpa! ¡Y haga el favor! ¡Ya están limpios! ¡Ya están limpios! ¡O se pone usted esos lentes o me los pongo yo! (Aprisionándole las manos.) Sí, Nicoleus, ese joven austriaco que administra al señor Duque, es también desde hace quince días mi administrador. (Sigue rápida.) Ya comprenderá usted que yo necesitaba que el Duque supiera de una manera fidedigna, cual es mi posición social. La fortuna me ha favorecido. Nicoleus se ha enamorado con loco entusiasmo, con fuego vienés, de mi sobrina Felisita. ¡Ay! Nicoleus es un romántico, Nicoleus no es un hombre, Nicoleus es un vals. (Tarareando muy rápida el vals de los besos.) Taralá lalalá lalalá lalalá...

TEOD. Eso no es un vals. Eso es un pasodoble.

LUZ No puedo cantar más despacio. Por Nicoleus hemos sabido que hay una señora que desea casar a su hija con el Duque. Ahora está de visita en casa del Duque. (Entreabriendo las cortinas.) ¡Véala!

TEOD. Sí, la conozco, es la viuda de Alón, doña Ursula Arregorriesparragorriturri...

LUZ ¡¡Corte usted ese apellido por donde sea, que no puedo más!!

TEOD. Es su prima.

LUZ Una señora entrometida, estúpida, ridícula.

TEOD. Su prima...

LUZ No suprimo nada.

TEOD. Digo que es su prima por parte de madre.

LUZ Como están arruinadas y el Duque es opulento...

TEOD. Pero si Luisita, la hija de doña Ursula, es completamente tonta. Además, que el Duque, por lo que he podido averiguar, no se ocupa más que de sus investigaciones históricas.

LUZ Sí, ¿verdad?

TEOD. Lleva once años dedicado a recopilar la historia del mosaico, porque ese es el tema que ha elegido para su discurso de recepción en la Academia. Creo que lleva escritas treinta

y cinco mil cuartillas y aún no ha salido de Roma.

LUZ (En tono de admiración.) ¡Qué hígado! Pero, no; ya está en Vergara del Monte. ¡Qué hombre, don Teodosio! En cuanto pienso en él, ¡ay! entro en caja. (Tranquila.) ¡Lo reune todo, alcurnia, riqueza, sabiduría, bondad y, sobre todo, figura! ¡Oh, qué figura!

FEL. (Entrando en escena.) Tía Luz.. Muy buenas tardes.

TEOD. Buenas tardes.

FEL. Acaban de decirme que ahí está Nicoleus.

LUZ Pues que pase.

FEL. Es que...

LUZ ¿Eh?

FEL. Que conviene que lo despaches en seguida, porque no quiero que conozca a mi madre, ni a mi hermano Isidro, ni a ninguno de los otros.

LUZ Sí, tienes razón. Sería contraproducente. Dile que venga. ¿Y tu primo?

FEL. Hablando con la tonta.

LUZ ¿Eh?

FEL. Sí: la tonta ha venido con su madre a casa del Duque y se están hablando por las ventanas del cuarto de baño.

LUZ ¡Oh! Esto marcha.

TEOD. ¿De modo que usted para evitar que el Duque se case con la hija de doña Ursula, a pesar de que es tonta, ha obligado a su sobrino a que la haga el amor y así...

LUZ ¡Sí! ¡Martingalismos!

FEL. Tía: si vieras qué tontísima es...

LUZ Bueno, anda a lo que te he dicho (Vase Felisa por la izquierda.)

TEOD. Señora, si nada tiene que mandarme...

LUZ Nada.

TEOD. Adiós. (Vase)

LUZ ¡Estos dos sobrinos son dos perlas! Los mejoraré con muchísimo gusto. (A NICASIA, que entra en escena por la segunda puerta de la derecha y se dispone a hacer mutis por la primera de dicho lateral.) ¿Qué lleva usted ahí, Nicasia?

NICASIA (Por una botella que conduce.) Una botella de pippermín que me han pedido los señores veterinarios.

LUZ Bien. (Vase Nicasia por la puerta indicada.)

NIC. (Con FELISA, por la izquierda.) Buenas tagdes

(Este Nicoleus tiene treinta años, una gran facha y habla con marcadísimo acento alemán.)

LUZ — Hola, Nicoleus. ¿Qué le trae por aquí? (Nicoleus no contesta porque mira con ojos en blanco a Felisa y la suspira tierno.) ¡¡Nicoleus!!

NIC. — ¡Oh! Estaba un poco aquí mirando embabado.

FEL. — Hombre, no, embebido.

LUZ — Querrá decir, embobado.

NIC. — Las tres bonitas cosas: embobado, embebido y embabado... ¡Oh! (Suspirando.) ¡Ay! (A doña Luz.) Pues venía yo a entregarle esta cuenta para que le pusiera un visto está bueno y está conforme. (Le alarga un papel.)

LUZ — ¿Qué es?

NIC. — El importe de los «alquilores...» «alquileras», que me ha dado el portero, quitados en resta los gastos de reparación y el «tonto» por ciento de administración, que más sumado, añadido, más aumentado, al importe del «copón» de Abril, menos, restado, quitado el veinte por ciento del descuento, que quita el Estado, que quiera usted, que no quiera yo, que quieras que no, que se lo lleva, y el uno de custodia, multiplicado, añadido por diez y nueve...

LUZ — (Saltando.) ¡Nicoleus, por Dios! ¡Suma total!

NIC. — Sesenta y dos mil pesetas.

LUZ — ¡Basta! (Con el papel en la mano.) ¿Dónde firmo?

NIC. — (Indicándole en el papel.) Aquí.

LUZ — Digo ¿con qué pluma?

NIC. — ¡Ah! Mírelo antes. (Le da su stilográfica. Doña Luz se dispone a firmar.)

FEL. — (Correspondiendo a una mirada incendiaria de Nicoleus.) ¡Tonto!

NIC. — (Muy en secreto, a Felisa.) ¡Oh! Te he sacado un verso que está muy de primera de bonito y pega y todo.

FEL. — ¿Sí? ¿Tú? ¿Te ha costado mucho?

NIC. — No me he acostado en toda la noche, pero me ha salido, que te puedes ya reir fuertemente de Bécuer.

FEL. — A ver, A ver...

NIC. — (Casi pegando sus labios al oído de Felisa.)

¡Oh, Felisa, mi Felisa!
¡Oh, muchacha que tiene tanta buena risa!
Eres chulapa del Avapiés,
y yo vienés... (Ruboroso.) No sigo.

FEL. Sigue, sigue.

NIC. Eres chulapa del Avapiés.
y yo vienés... (Ruboroso.) ¡Oh, no!

FEL. ¡Sí!

NIC. (Muy ruboroso.) «A ver cuando somos tres».

LUZ (Después de firmar.) Conforme. (Devolviendo el papel a Nicoleus.) Tome.

NIC. Usted me dirá en qué se invierten estas pesetas.

LUZ No sé .. ¿Qué valores cree usted que se pueden comprar?

NIC. ¡Marcos!

LUZ ¡Están tan bajos!

NIC. No importa. Lo que se pone en marcos se conserva siempre.

LUZ Bien, pues compre usted marcos. Y, dígame: ¿hay alguna novedad? ¿Ha hablado usted con el Duque, de mí, como le encargué?

NIC. Sí, señora.

LUZ ¡Oh!

NIC. Yo tengo una colosal imaginación fresca, y ayer encontré el medio de hablarle de usted.

LUZ ¡Oh, cuénteme, por Dios!

NIC. Fué una grande, hermosa oportunidad bien aprovechada.

LUZ ¿Qué le dijo usted? ¿Qué contestó él? ¿Qué cara puso?

NIC. Fué una graciosa ocurrencia, fuerte... ¡oh, sí!

LUZ ¡Por Dios, Nicoleus! (Excitadísima.) ¡Nicoleus!

NIC El me hablaba de la Andalucía, me decía que allí había bello cielo claro y grande, y bonita luz, y yo le dije entonces, que Madrid era mejor, porque había luz y había además doña Luz. (Ríe.) El no se enteró, pero yo sí. (Ríe.)

LUZ (Este hombre es idiota.) ¿Y eso fué todo? ¡No se ría!

NIC. Es que yo me río con fuersa siempre que me acuerdo de lo muy mucho gracioso que estuve yo. (Poniendo los ojos en Felisa.) Todo se pega... ¡graciosa!

RAM. (Por la segunda puerta de la derecha.) Señora...

LUZ ¿Qué?

RAM. Ahí está ya don Honesto, el cuñado de la señora.

LUZ Dígale que pase, y mucho cuidado, Ramona, con él, y con todos. ¡Ah! Encienda la

luz. Vamos, deprisa. No se atarugue. (Ramona obedece.) Felisita, dí a tu primo, que está aquí su padre.

FEL. ¿Vas a quedarte aquí?

LUZ No, no quiero verles hasta que estén todos reunidos. Venga a mi gabinete, Nicoleus; le contaré mis planes, puesto que usted ha de secundarlos forzosamente.

FEL. Allí iré yo a buscar a ustedes. (Hace mutis Ramona por la derecha, segunda puerta, y Luz por la izquierda, primera puerta. Quedan un poco rezagados Felisa y Nicoleus. Felisa se vuelve al hacer mutis por la izquierda, segunda puerta, y se encuentra con las ardientes miradas de Nicoleus.)

NIC. He aprendido un gracioso piropo nuevo, muy salado.

FEL. Dímelo.

NIC. ¡Asaura!

FEL. ¡Ja, ja, ja!... (Mutis.)

NIC. ¡La he matao del todo! (Mutis.)

(Tras una brevísima pausa, entran en escena por la segunda puerta de la derecha RAMONA y HONESTO. Don Honesto Jarana y Calcaño, es un hombre como de cincuenta años. Viste con ropas que están en buen uso, pero que le vienen un poco grandes. Tiene una cara de sinvergüenza y de borrachín que mete miedo.)

RAM. Pase usted.

HON. Gracias. (Ramona queda de pie junto a la segunda puerta de la derecha.) Diga a la señora, mi señora cuñada, que estoy yo aquí.

RAM. Ya lo sabe, señor.

HON. Entonces puede retirarse. (Ramona no se mueve.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿No quiere usted dejarme solo? ¿Y esa determinación es iniciativa de usted, idea sugerida o mandato imperativo y expreso? ¿Eh? ¿No responde? Pues, bien, márchese; yo lo mando. Yo puedo quedarme solo en esta casa y en casa de Lacloche. ¡Fuera! (Vase Ramona.) ¡Vaya una desconfianza! (Acercándose a la puerta.) ¡Y no la tolero que me espíe! ¡Aléjese! (Volviendo al centro de la escena.) ¡Desconfiar de ese modo! Y eso es cosa de Luz, como si lo viera. ¡Bah! Al fin y al cabo una *parvenu*. ¿Qué le importará a una mujer que tiene nueve millones de pesetas, que yo me lleve este cenicero, este corta puros y este timbre de plata? (Se guarda los tres objetos en el bolsillo interior del

lado izquierdo de la americana.) Bien sabe Dios que venía dispuesto a no llevarme nada, pero esa desconfianza me ha incitado. Esto no es un hurto, no; es una venganza.

CAS. (Por la segunda puerta de la izquierda.) Hola, papá.

HON. (Muy secamente.) Hola, hijo.

CAS. ¿Qué te pasa?

HON. Y te llamo hijo en el sentido puramente fisiológico y no en el afectivo.

CAS. ¿Ya empezamos?

HON. ¿Crees que no tengo motivos para estar serio? Tú te robusteces, tú vistes, tú fumas, tú paseas, tú espectaculeas, tú haces una vida muelle y regalona; en tanto que tu padre, con el agua hasta la pajarita, pasa privaciones y se chincha. ¡Críe usted hijos para esto!

CAS. No tienes derecho a quejarte, papá. La tía Luz, a pesar de las veces que la has engañado y timado, te pasa cuatro pesetas diarias.

HON. ¡Bah!

CAS. Yo, de mis ahorros, te paso otras dos, y no necesitarás más cuando no has aceptado el puesto que te han ofrecido en la fábrica de pegamentos de García y Compañía.

HON. Si hubiera sido un cargo burocrático, yo lo hubiera aceptado gustosísimo; pero un cargo manual, yo de operario; yo todo el día haciendo cola por cuatro pesetas. ¡No he caído tan bajo, Casimiro!

CAS. Mejor fuera que no hicieras otras cosas, que esas si qué deshonran.

HON. ¡Casimiro!

CAS. ¿Me quieres decir qué ha sido eso de los libros?

HON. ¿Eh?

CAS. Lo que has hecho en la librería de Jordana.

HON. ¡Ah! Vamos, eso ha sido una broma, Casimiro.

CAS. ¡Caray! ¿Una broma, y dicen que te has llevado media tienda?

HON. Claro, pero avisándolo previamente. Fu que me colocaron en el escritorio. Jordana me vió trabajar, y como es tan brusco, me dijo: «Usted no sabe una palabra de números, así no se llevan los libros en ninguna parte» Bueno, yo me piqué, le supliqué que despidiera a los otros empleados y que me dejara allí con dos amigos para que viera

cómo se llevaban los libros; él accedió, y figúrate, se llevaron medio almacén. ¡Hombre! Y a propósito, a ver si sabes de alguien que quiera comprar un diccionario de la rima y una biografía de don Marcelino Domingo; caramba, que no sé cómo salir de ellos.

CAS. ¡Parece mentira, papá!

HON. Vamos, no te pongas cursi. Y hablando de lo que interesa: ¿sabes para qué me quiere tu tía?

CAS. No sé; ha citado aquí a toda la familia.

HON. ¿Eh? ¿Que voy a encontrarme aquí con mi cuñada Generosa y con tu tío Antón?

CAS. ¡Claro!

HON. ¡Quiá! Yo me voy. (Medio mutis.)

CAS. Te advierto que se trata de algo relacionado con su testamento.

HON. (Deteniéndose.) ¿Eh?

CAS. Yo creo que no debes marcharte.

HON. Hombre, me haces dudar; un testamento es una última voluntad, y toda última voluntad es sagrada. Además, hay otra razón para que me quede: viniendo toda la familia, vendrá también tu hermano Casto, y tengo ganas de echarle la vista encima; no le veo hace un mes.

CAS. ¿Continúa de chofer en la Peña?

HON. Lo echaron. ¡Como tiene la manía de no lavarse! Ahora está de chofer en las Pescaderías Coruñesas. Ahí está muy contento, porque para transportar merluzas y besugos no exigen el afeitado diurno.

RAM. (Por la derecha, segunda puerta.) Pase por aquí.

GEN. (Entrando. Es una «chula» ya jamona.) Pero, hija, ¡ay qué chusco! ¿Pero es que me va usted a enseñar a andar por casa de mi hermana? ¡Vamos, hombre! ¡Nos ha fastidiao!

RAM. Usted perdone.

GEN. Haga el favor de decir a mi hija, a la señorita Felisa, que es mi hija, que está aquí su madre y que si no vengo de mantilla de blondas y peineta es porque con un duro diario que me dan no hay pa mucha bisutería.

RAM. Está muy bien. Siéntese.

GEN. Eso será si me da la gana.

HON. (¡Me saca de mis casillas esta mujer!)

RAM. (Haciendo mutis por la primera puerta de la izquierda.) ¡Vaya una familia! (Mutis.)

GEN. (A Casimiro.) ¡Ah! Y buenas tardes. Siempre ha habido pobres y ricos. (Esto de ricos muy subrayado.)

HON. ¿Lo de rico es por mí?

GEN. Lo de rico es por el pollo.

CAS. (Aparte a Honesto, que se dispone a hablar.) Cállate, padre; prudencia.

GEN. Y escucha, niño: cuando te encuentres por la calle a mi hijo Isidro, lo saludas, porque aunque tú vayas de pardesú y él se abrigue con una toalla felpuda, es primo hermano tuyo y lleva tu sangre.

HON. Lleva su sangre y lleva la tuya, que es más negra que un bonete.

GEN. ¡El que habla! ¿Habrá ladrón?

HON. ¿Eh? ¿Qué has dicho?

CAS. ¡Vamos, padre!... ¡Por Dios, tía!

(Por la izquierda entran en escena ANTÓN, FLORENTINA y CLEMENTINA. Antón, hombre de cincuenta años, es guardia de orden público; viene de uniforme. Florentina y Clementina son dos muchachas de mantón. Vienen muy repeinadas y muy pizpiretas.)

ANTÓN Sí, sí; aquí aguardamos. (Al ver a los otros.) ¡Atiza!

HON. (Al verle.) ¡Aprieta!

GEN. (Idem.) ¡El cínico!

FLOR. (Idem.) El Guadarrama y la sierra de Gredos.

GEN. (Desafiando.) ¡Ajajay, qué rica!

CLEM. (Idem.) Parroquiana, rabanitos.

ANTÓN (A Clementina.) A ver si sus calláis.

GEN. ¿Han venío las niñas por la acera del sol?

ANTÓN Han venido en tranvía.

GEN. ¡Qué suerte, hijo! ¿Tienen pase?

ANTÓN De pecho.

GEN. ¡Quisieran!

RAM. (Por donde se fué. A Generosa.) Ahora saldrá la señorita.

FLOR. (Con sorna.) ¡La señorita!... (Estornudando guasonamente.) ¡Atchís!

CLEM. (Idem.) ¡Atchís!...

HON. (Riéndose de Generosa.) ¡Ja, ja, ja!

RAM. (Haciendo mutis por la izquierda, segunda puerta.) Estos se lían. (Vase.)

GEN. (Dispuesta a arañar a alguien.) Pues yo he oído decir que esos catarros se quitan con fregas. Y sé de una que da unas fregas hasta allí.

FLOR. Será alguna fregona.

HON. (Como antes.) ¡Ja, ja, ja, ja!

CAS. ¡Por Dios, padre, no eches leña al fuego!

CASTO (Un muchachote con cara de bruto, vestido de chofer y con cien kilos de grasa en la ropa, en la cara, en el pelo y en las manos.) Buenas tardes. (¡Anda! Está aquí toa la casa de fieras.)

HON. (A Casimiro.) Fíjate en cómo viene.

CLEM. Ha llegado Petronio.

ANTÓN Habrás querío decir Petrolio.

CASTO He dicho buenas tardes.

FLOR.
CLEM.
GEN.
ANTÓN (Tapándose las narices con dos dedos y muy gangosamente.) Buenas tardes.

CASTO (Amoscado.) ¡Ah! Pero, ¿hay chunguita?

GEN. El Heno de Pravia es un jabón, ¿no?

CASTO Sí, señora; y el que yo le voy a dar a usted cuando le tire este jarrón a la cabeza, va a ser de flores de Talavera.

CAS. ¡Casto!

CASTO Pero, hombre, si es ya manía. De manera que no he ido yo esta tarde a los novillos pa asearme un poco y presentarme pulcro, y me reciben con cuchufletas.

HON. ¡Ah! Pero, ¿vienes limpio?

CASTO A ver qué se me pué pedir esta tarde.

HON. Pues se te puede pedir que te laves mejor.

CASTO Padre, ¿usted también?

HON. Pero, hijo, si eres un acaparador de lámparas.

FEL. (Por la izquierda, primera puerta.) Hola, mamá.

FLOR. (Como antes.) ¡Atchis!...

CLEM. (Idem.) ¡Atchis!...

GEN. (A Felisa.) Espera, hija, porque esa bromita de los estornudos le va a costar el rodete a una de las dos.

FEL. (Sujetándola.) No seas tonta, que no han estornudado de broma. Yo sé que hay dos cosas que hacen estornudar: los catarros y la envidia.

GEN. ¡Ahí va esa mosca!

FEL. ¿Y mi hermano?

GEN. Ahora vendrá. Como esta tarde había corrida y el pobrecito tiene que sacarse un duro, sea como sea, porque él no tiene la suerte de otros...

CAS. ¿Eso es por mí?

FEL. Vamos, mamá, no empieces.

GEN. ¿Cómo está tu tía de lo del susto?

FEL. Todavía anda un poquillo nerviosa; pero, vamos, ya está bien.

GEN. (Maliciosamente, mirando a Honesto.) ¿Y se sabe, por fin, quién fué el autor del disparo?

ANTÓN (Idem, tosiendo con chunga.) ¡Ejem... ejem!...

CLEM. / FLOR. (Idem.) ¡Ejem... ejem!...

HON. Pues se sabe únicamente que el disparo fué hecho con un revólver de reglamento; vamos, de esos que usan los guardias. (Con marcada guasa.) ¡Ejem... ejem!...

CAS. / CASTO (Idem.) ¡Ejem... ejem!...

ANTÓN Y eso, ¿quién lo ha dicho?

HON. Un técnico.

ANTÓN Hombre, un técnico; mira qué mono.

ISIDRO (Que ha entrado en escena por la derecha, segunda puerta, y que viene vestido de mono sabio.) Eso de mono, ¿es por mí?

FLOR. ¡Jesús!

CLEM. ¡Ay, qué miedo!

ISIDRO ¡Porque tengo yo muchas ganas de saltar!

ANTÓN Pues salte el mono cuando guste; pero aquí saben todos que al decir yo mono, no aludía al pollo.

ISIDRO ¡Ah, ya! Pues mucho ojo, porque yo no me asusto de ningún guardia, aunque ese guardia sea un tío. (Antón se lleva la mano al sable.) Y no saque usted la hoja, porque la iba a ver en el suelo.

ANTÓN (Amenazador.) ¿En el suelo?

ISIDRO (Idem.) ¡En el suelo!

ANTÓN (A sus hijas.) Niñas, sacarme el capote, que ha llegao el otoño.

ISIDRO ¡Maldita sea! ¿A mí con chistecitos? (Le amenaza.)

GEN. ¡Isidro!

FEL. (Interponiéndose.) Pero, ¿qué es esto?

GEN. No te pierdas, hijo mío, que ninguno de estos sinvergüenzas merece la pena. (Al oir la palabra sinvergüenza, todos se revuelven.)

HON. ¡Oye tú, animal!...
ISIDRO ¿Animal mi madre?
ANTÓN ¿Sinvergüenza a mí?
FLOR. ¡La sinvergüenza lo será usted!
CLEM. ¡Oiga usted, so guarra!
CAS. ¡No tolero esa ofensa!
FEL. ¡Por Dios! ¡Calma!

(Esto lo dirán todos al mismo tiempo, disponiéndose a acometerse como leones.)

RAM. (Por la izquierda primera puerta, anunciando:) La señora... (Vase por la izquierda, segunda puerta.)

(Al oir el anuncio todos se contienen súbitamente y disimulan afectando la mayor naturalidad.)

LUZ (Por la puerta indicada.) Saludo a todos en general, y al mismo tiempo, para que no haya piques ni tonterías.

HON. (Estrechándole la mano.) Dios te guarde, Luz.

LUZ Hola, Honesto.

GEN. (Besándola.) ¿Cómo estás, hermana?

LUZ Ya estoy bien, Generosa.

CASTO Buenas tardes, tía.

ISIDRO Salud, tía.

ANTÓN Dejo que te saluden primero los que tienen más que agradecerte.

LUZ ¿Ya empezamos? (A Clementina y Florentina.) Venid acá, mocosas... (Las besa.)

ANTÓN Mejor que mocosas podías llamarlas parias. ¡Si tu pobre hermana levantara la calva y viera estas diferiencias!...

LUZ No digas eso.

ANTÓN Lo digo.

LUZ Allá tú; pero se dice diferencias.

ANTÓN Eso es lo que tú nos das a nosotros, lecciones.

GEN (A Antón.) ¿Y los cuarenta duros que te da tos los meses, son lecciones también?

LUZ Silencio. ¿Pero es que se van ustedes a enredar como otros días?

HON. Ya ves que yo me he zurcido los labios y eso que bien puedo echarte en cara tu proceder para conmigo.

LUZ ¿Eh?

HON. Eso de que no me permitas entrar en tu casa ni aun para ver a mi hijo de mi alma...

LUZ Si no tuvieras la costumbre de llevarte las cosas...

HON. ¿Yo?

ANTÓN (Satisfecho.) ¡Anda!

GEN. (Idem.) Para que te embobes.

ISIDRO (Idem.) Vuelve por otra.

FLOR. (Tosiendo en guasa.) ¡Ejem, ejem!...

HON. ¿Pero hablas en serio, Luz? Yo te juro que no me he llevado jamás nada de esta casa. Te lo juro con la mano puesta sobre el corazón. (Se da un manotazo y empieza a sonar el timbre.) (¡Malhaya sea un tiro!...)

(Grandes risas.)

CAS. ¡Atiza!

ANTÓN ¡Aprieta!

CASTO ¿Pero llevas ahí un timbre?

LUZ El que había en esa mesa.

GEN ¡Que lo enseñe!

CLEM. ¡Que lo saque!

FLOR. ¡Que lo registren!

ISIDRO ¡Valiente fresco!

HON. (Sacando el timbre y poniendolo sobre la mesa.) Comprenderás, querida Luz, que se trata de una broma inocente...

LUZ Sí, hombre, sí, ¿quién lo duda?...

HON. (Por Casimiro.) Yo le dije a este: me lo voy a guardar para llamar luego y que nadie sepa quién llama...

LUZ Claro, y por eso te has guardado también el cenicero y el corta puros...

HON. ¡Claro!...

LUZ Anda, anda; pon otra vez las cosas en su sitio. (Honesto obedece en medio de las tosecitas chuflonas de Generosa, Isidro y Felisa, y de los estornudos de Florentina, Clementina y Antón.)

LUZ ¿Vamos a callar? ¡Silencio!

ISIDRO Es que...

LUZ He dicho que silencio. Quien no calle saldrá ahora mismo de esta casa para no volver jamás a ella. (Hacen todos un gesto de acatamiento.) Siéntense. (Todos se sientan.) Suplico que nadie me interrumpa. Lo que voy a decir a ustedes es muy serio y muy importante. Se trata de mi testamento. Seré breve. Yo no tengo más parientes que ustedes ni más herederos que ustedes y dejo a ustedes toda mi fortuna por partes iguales, pero con dos condiciones. La primera: que he de morir de muerte natural; a mí más tiritos, no. Si fallezco a consecuencia de un accidente, sea este cual fuere, mi fortuna pasará íntegra a las casas de Beneficencia.

HON. (¡Pues como se enteren en las Casas!...)

LUZ La otra condición es: que dentro de breve, ¡brevísimo plazo!, tengo yo que conseguir una cosa que deseo vehementemente. ¡Uf, ah, oh, sí, ah!...

GEN. ¡Hermana!
ANTÓN ¡Luz!
HON. ¡Luz!
LOS DEMÁS ¡Tía!
(A un tiempo.)

LUZ ¡Silencio! Si ustedes no me ayudan a conseguirlo o si ayudándome no lo consigo, no hay herencia.

HON. ¿Qué es lo que quieres conseguir?

LUZ Es algo, que de lograrlo, sería también para ustedes la felicidad, toda vez que heredarían ustedes a mi fallecimiento no nueve millones, sino dieciocho.

(Todos se miran.)

HON. ¡Caray, Luz, que me intrigo!

LUZ Yo deseo casarme.

HON. ¿Te sirvo?

LUZ Yo quiero a un hombre con toda el alma.

HON. No zarzuelees: eso es del *Cabo primero*.

LUZ Estoy hablando en serio. Yo deseo casarme con ese hombre.

HON. ¡Te casas!

LUZ ¡Es noble como un rey!

HON. ¡Te casas!

LUZ No tiene familia y su fortuna es mayor aún que la mía.

HON. Te casas, Luz. ¡Yo te lo juro!

LUZ ¡Honesto, déjame hablar!

HON. ¡No quiero! ¡Todos los aquí reunidos tenemos ya una misión que cumplir: casarte con ese hombre, aunque él no quiera, e impedir que te ocurra un accidente. Y no es por el dinero, no.

TODOS ¡No!

HON. Es que esa es tu voluntad y nosotros te queremos y te estamos muy agradecidos. ¿Conforme, señores?

TODOS ¡Conforme!

HON. ¡Te casas! ¿Quién es ese hombre que ha despertado tu atención?

LUZ Vais a verle.

TODOS ¿Eh?

LUZ Sí; apagaré la luz para que él no nos vea.

ANTÓN Pero...

LUZ ¡Silencio! (Apaga la luz y descorre las cortinas del balcón. El despacho del Duque está iluminado. El Duque dicta, y Quejido, el taquígrafo, escribe.) ¡Miradle: ese es el elegido de mi corazón!

HON. (¡Bonito ejemplar! ¡Es un crepuscular! ¡No hay peligro!) ¡Te casas!

ANTÓN El señor Duque de Calamarca.

LUZ Justo. Octavio Melgar, Duque de Calamarca y señor de Calatreveño. Muy alto está, pero...

HON. ¡Bah! ¡Ese se cae!

LUZ Silencio: está dictando...

DUQUE (Dictando.) Y expuestos estos antecedentes os diré, señores académicos, por qué ha estado cerrado durante noventa años la Iglesia Parroquial de Vergara del Monte.

LUZ ¡Ay!

(El Duque bebe un poco de agua; comienza a oirse dentro, tocada en un piano algo defectuosamente, la Marsellesa.)

CAS. (¡Atiza! ¿Quién le habrá dado pippermin a Lerroux?)

DUQUE La Iglesia Parroquial de Vergara del Monte... Me distrae esa música. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! ¡La iglesia Parroquial de Vergara del Monte... (Acercándose al balcón.) ¿Quién tendrá el mal gusto de tocar la Marsellesa? ¡Si al menos fuera la Marcha Real, que es mi música favorita. A mí la Marcha Real seguida de un ¡viva España!, me hace llorar.

LUZ ¿Pero qué es esto? ¡En mi casa!.. (Hace mutis por la primera puerta de la derecha.)

CAS. (¡Pobre Lerroux!)

DUQUE (Dictando.) La Iglesia Parroquial de Vergara del Monte es la Parroquia de dicho pueblo...

(Deja de oirse la Marsellesa; tras un acorde inarmónico, se escucha un zarpazo, un maullido de gato estrellado contra el pavimento, un golpe seco, y luego, alguien que toca fuertemente la Marcha Real.)

LUZ (Dentro.) ¡Viva España! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa del Duque de Calamarca. El mejor gusto campeará tanto en el mobiliario como en la decoración. A la derecha (actor) puerta de entrada. En el lateral izquierda, dos puertas. En el foro, un balcón, el mismo balcón que se ve desde la casa de doña Luz, en el acto anterior. Este balcón tiene cortinas y un transparente Al comenzar el acto, las cristaleras están cerradas, las cortinas recogidas y corrido el transparente. Es de día. En el mes de junio.

(Están en escena el DUQUE, URSULA y FELISA. Felisa, de espaldas al público, escribe a máquina. El Duque, atildadísimo, de chaquet. Ursula, una cincuentona que aún presume, en plan de visita que se marcha. ¡Ah! Este Duque de Calamarca, tiene casi siempre las manos en el bolsillo del pantalón, o una mano en el bolsillo y otra aplicada al corazón, por debajo del chaleco. Acciona siempre con los piés, especialmente cuando está sentado.)

URS. Sí, querido primo, el día que me des el dulce nombre de madre, me desvaneceré de gozo

DUQUE Lo serás. Tu hija es ya la dueña de mi corazón.

URS. Lo merece, querido primo, no es pasión de madre, lo merece. Tan buena, tan bobita..

DUQUE Sobre todo tan bobita.

URS. Es su mayor encanto... Bobita, bobita... pero no tonta, ¿eh? Es... bobita.

DUQUE (Cayéndosele la baba.) ¡Qué bobita!

URS. (Riendo y dándole un cachetito amistoso.) ¡Bobito!

DUQUE ¿Pero ya te vas, querida prima y futura mamá?

URS. Volveré con Luisita, que (Intencionado.) desea verte

DUQUE (Poniendo los ojos en blanco y dando un suspiro.) ¡Ah!

URS. No he venido más que a saber cómo seguías. Anoche, en la Princesa, nos dijo tu secretario que habías pasado el día bastante nervioso.

DUQUE Sí, sí, muy nervioso.

URS. ¿Pero todavía a consecuencia del accidente?

DUQUE No: es que me suceden cosas muy extrañas. En primer lugar, tengo las manos más frías que de ordinario, y después que no sé qué alteración tengo en el paladar. Me saben los alimentos a cosas rarísimas.

URS. ¿Qué me dices?

DUQUE Mira, esta mañana, los fritos me sabían unas veces a ungüento rancio y otras veces a aceite de máquinas.

URS. ¡Jesús!

DUQUE Y en cambio mi secretario y mi ayudante, que comían conmigo, los encontraban riquísimos.

FLOR. (De doncella, por la derecha.) ¿Señor?

DUQUE ¿Qué hay, Florentina?

FLOR. El chaufer que desea hablar con el señor.

DUQUE Que pase. (Vase Florentina.)

URS. Veo que es nueva toda tu servidumbre.

DUQUE Sí.

CASTO (Por la derecha, en traje de faena. Viene más sucio que nunca.) ¿Se puede?

DUQUE Entre.

CASTO Muy buenas tardes.

DUQUE ¿Qué hay, Casto?

CASTO Pues hay que no tengo grasa.

DUQUE ¿Que no tiene usted grasa?

CASTO No, señor, y sin grasa yo no puedo estar; la necesito para el Packard y, sobre todo, para el Renault. Además, tampoco tengo aceite. Y anoche he trabajado a oscuras en el garage, porque tampoco tengo lámparas.

DUQUE ¿Tampoco? Pero, hombre, si yo juraría que pagué el lunes una factura... (Hace sonar un timbre.) Aguarde usted. Ahora veremos. (A ISIDRO, que muy vestido de criado, entra en escena por la izquierda, segunda puerta.) Isidro: ¿está en casa el señor Nicoleus, mi administrador?

ISIDRO Salió hace un momento.

DUQUE ¿Y mi secretario, está?

ISIDRO Estaba hace un instante en la biblioteca, separando los libros que se va a llevar.

DUQUE ¿Que se va a llevar? ¿A dónde?

ISIDRO A su casa. Dice que tienen que traer no sé qué edición, y como ya no caben en la biblioteca ni en los sótanos..

DUQUE Es verdad. ¡Qué hombre! ¡Está en todo! ¡Ah! ¡En cuanto ve que estorba una cosa, la quita de enmedio! Dígale que haga el favor de venir.

(Se va Isidro por la primera puerta de la izquierda.)

URS. Tu secretario es uno de los hombres más atrayentes que yo he conocido.

DUQUE ¡Oh!

URS. ¡A mí me tiene encantada!

DUQUE ¡No hay otro como él! Yo, es natural que le quiera. Me salvó la vida; pero aunque no me la hubiera salvado, le querría igualmente. Es un hombre culto, exquisito, enciclopédico, sabe de mosaicos y de azulejos, y tiene un don de gente que cautiva.

URS. (Emocionada.) ¡Sí!

DUQUE Es con la pluma un orfebre, y hablando es un «causeur».

URS. Un «causer» eso, un delicioso «causer». (Con ternura y admiración.) ¡Oh! Es versallesco cuando habla y dieciochesco cuando escribe.

DUQUE ¡Ursula! ¿Tú?...

URS. ¡Ay! ¡No me bucees, primo, no me buceeis!

FEL. (Levantándose y acercándose al Duque con unas cuartillas en la mano.) Perdóneme, señor Duque. ¿Aquí dice nota o nata?

DUQUE A ver, léame el párrafo.

FEL. (Leyendo.) «Los establos de Vergara del Monte, son modelos de establos; en una palabra, son lo que pudiéramos llamar establos modelos. Nosotros, para comprobarlo, entramos en uno de ellos y tomamos nata. Allí estuvimos una hora. Eran las tres y media.»

DUQUE Caramba, pues no sé... Porque nosotros, sí, tomamos nata, pero la nata fué el pretexto para entrar y observar.. Claro, porque nosotros lo que deseábamos era tomar nota. De manera que... Deme, deme las cuartillas. (Examinándolas.) Hay punto en la hora y pun-

to en la media. Bueno: mire usted, ponga después de lo de establos modelos... (Dictando.) Nosotros, a fin de comprobarlo, penetramos en uno de ellos, y para tomar nota, empezamos tomando nata. Eso es.

FEL. Perfectamente. (Vuelve a la máquina.)

URS. No sé, Octavio, cómo tienes cabeza para tanta lucubración.

CASTO (Afectando asombro.) El señor es un pozo. El señor secretario del señor dice que como el señor no hay otro señor, porque hay que ver el talento que le ha dao el Señor al señor. (Admirativamente.) ¡Señor, Señor!

DUQUE (Un poco hinchado.) Mi secretario y amigo, me quiere demasiado.

CASTO Aquí llega.

HON. (Entrando en escena por la primera puerta de la izquierda. Viene muy bien vestido y fumándose un gran tabaco.) Perdóname, Octavio querido, pero he tenido que subir a mis habitaciones para asearme un poco. Los libros ensucian de un modo... ¡Oh! La señora viuda de Alón. ¿Cómo va, señora mía?

URS. Bien, ¿y usted, Honesto?

HON. Yo siempre a sus piés. ¿Para qué me querías, Duque?

DUQUE Que dice el chaufer que no tiene grasa ni lámparas, y me asombra que diga eso.

HON. (A Casto.) ¿No le da a usted vergüenza?

DUQUE Grasa para los coches.

HON. ¡Ah!

DUQUE Ni aceite. Y yo juraría que el lunes pagué una factura...

HON. Se averiguará vertiginosamente. (Hace sonar un timbre.)

URS. Bueno: dejo a ustedes con esas averiguaciones. (Se despide del Duque.)

DUQUE Hasta luego, Ursula. (¿Vendrás... ¡con ella!?)

URS. (Por toda contestación le aprieta la mano y dice:) ¡Hijo mío! (Volviéndose a Honesto y abarcándole coquetonamente una mano.) Amigo Jarana ..

HON. (Besándosela rendidamente.) La admiro, señora, es usted un divino cantar de otoño.

URS. (Derretidísima.) Y usted un delicioso «causer».

HON. Pues «causer» y cantar. (Ursula se va riendo por la derecha. Honesto dice viéndola ir.) Es más mía, que esta ropa que llevo, que no es mía. (Por la izquierda entran en escena ISIDRO, CLEMENTINA

y GENEROSA, en trajes de mecánica, y por la derecha FLORENTINA.) A ver, ¿quién ha recibido el lunes una lata de grasa y dos bidones de aceite?

ISIDRO Aquí la cocinera sabrá.

GEN. ¡Ah! ¿Pero lo de la lata amarilla es grasa? Yo creí que era unguento de ese pa limpiar los metales.

DUQUE No, mujer: es grasa para los coches.

CLEM. Toma; así se han puesto los candelabros.

GEN. ¿Y ese aceite rancio era también pa los coches?

HON. ¡Claro!

GEN. Bueno; pues en la cocina está lo que ha quedao.

HON. Perfectamente: eso es lo que deseábamos saber. Pueden retirarse (A Casto.) Ya sabe usted.

CASTO Sí, señor. (Mutis por la izquierda, segunda puerta.)

GEN. Buenas tardes, señor Duque.

DUQUE Adiós, Generosa, adiós, muchacha... (Se va Clementina por la izquierda, segunda puerta.)

ISIDRO (Haciendo mutis por la izquierda, primera puerta, con Generosa.) ¿Está usted viendo cómo ese aceite no era para guisar?

GEN. ¡Claro! ¡Así sabían las cocletas! (Mutis.)

DUQUE (A Florentina, que no se ha marchado.) ¿Quiere usted algo, Florentina?

FLOR. Decir al señor que don Víctor Suárez le aguarda en el salón desde hace un rato.

DUQUE ¡Oh! ¿Pero por qué no me lo ha dicho antes?... (Se va por la derecha.)

HON. Bueno, vuestra tía Generosa, es más bruta que una yunta de carabaos. Nada, que ha estado tres días guisando con aceite de máquina.

FLOR. ¡Así estábamos todos!

FEL. ¿Y eso es una cocinera de quince duros?

HON. Menos mal que yo, para que el Duque no la echara, le he hecho creer que ese sabor raro que él encontraba a las cosas, era un desarreglo de su paladar.

FLOR. Lo que toca la merluza de anoche, sabía a locomotora.

HON. Y tenía olor a fundición, como que el Duque me preguntó, ¿es merluza al horno? Y yo le contesté: «a los altos hornos.»

CAS. (Por la izquierda, primera puerta.) ¿Se puede?

HON. Pasa: estamos en familia. (Trae el brazo derecho en cabestrillo y la mano enguantada.)

FEL. ¿Eh? ¿Qué te sucede?

CAS. Nada, mujer: martingalas. Es que le he dicho al Duque que tengo esta mano mala para que no me dicte. Como estoy aquí de taquígrafo y yo no sé una palabra de taquigrafía...

HON. ¡Con escribir garabatos!...

CAS. Toma, eso es lo que yo hago, pero cuando me dice lea usted lo que lleva escrito, sudo brea. ¿Ha salido?

FLOR. Está en el salón con un amigo.

CAS. ¡Ah! Entonces tiene para rato. (Saca la mano del cabestrillo y se quita el guante.) Bueno, vamos a lo que importa. ¿Han hablado ustedes con la tía Luz?

FEL. Sí, yo he ido a llevarle el libro. Esta tarde será la visita.

CAS. Lo celebro, porque según me dijo Luisita esta mañana, hoy mismo, piensa doña Ursula venir con ella para plantear el problema de la boda.

HON. Eso no me preocupa. Luisita es cosa tuya, y doña Ursula está por mí que se despeina.

TODOS ¿Eh?

HON. Anoche, en la Princesa, me insinué y... es cosa mía.

CAS. Pero...

HON. ¡Hay que afinar, Casimiro! Nosotros somos los herederos de Luz, y Ursula y su hija son las únicas herederas del Duque. Si logramos.. (Abrazándole.) ¡Nos casamos, emparentamos y nos hinchamos!

FLOR. ¡Chavó! Pues no es usted nadie, tío Honesto.

HON. ¡Pchs! Se opina, se imagina y se combina. Pero no me digas tío, que las paredes oyen.

DUQUE (Entrando por la derecha, con Víctor, un señor canónigo cachazudo.) ¡Ah! ¿Está ahí Casimiro? Tome usted, Olmo. (Da unos papeles a Casimiro, que éste toma tranquilamente con la mano derecha.) Añada usted estos documentos que me ha traído mi amigo Suárez, al legajo número 10 603, letra hache. Mosaicos de Medina del Campo. Ordénelos primero. (Florentina se va por la derecha.)

CAS. Sí, señor.

DUQUE Veo que tiene usted ya bien la mano derecha, y me felicito

CAS. Sí, señor... (¡Maldito sea!) (Ordena los documentos.)

DUQUE Siéntate, Víctor.

VÍCTOR (Sentándose.) Pues me dijo Rendueles que iba a pedirte la traíla. ¿Tú sigues teniendo los veinticinco galgos?

DUQUE ¡Quiá! Me quedan seis nada más. Chico, yo no sé lo que pasa. Anteayer fenecieron dos, ayer fallecieron tres, y esta mañana uno de ellos, atacado sin duda de neurastenia musical, se puso en dos patas ante la pianola, empezó a manotones, y te aseguro que tocó el *Relicario*.

VÍCTOR ¡Octavio!

DUQUE Me quedé de una pieza.

VÍCTOR ¿Y qué hiciste?

DUQUE No pude hacer nada porque el animalito dió de pronto una voltereta y cayó al suelo convulso. Yo creí que después de tocar el cuplé quería accionarlo, pero no, era que se moría y expiró.

VÍCTOR ¡Es extraordinario!

DUQUE ¿Verdad?

CAS. (Muy azorado.) Voy a... Ya están los documentos ordenados, y...

DUQUE Sí, vaya, vaya. Ayúdele usted, Felisa, y así descansa un poco.

FEL. Muchas gracias. (Se van Casimiro y Felisa, por la izquierda, primera puerta.)

HON. No me has presentado a tu amigo, querido Octavio.

DUQUE ¡Oh! Es verdad. Perdóname, querido Honesto. (Presentando.) Víctor Suárez, académico de la lengua. Honesto Jarana, mi secretario y salvador.

VÍCTOR ¡Cómo! ¿Pero es este señor? (Le estrecha la mano.)

DUQUE ¿Sabías tú?..

VÍCTOR Algo oí decir en la Academia... Fué un atraco, ¿no?

DUQUE Una emboscada.

VÍCTOR ¡Jinojos! Cuenta, Duque, cuenta.

DUQUE Veras: iba yo, al oscurecer, por la carretera denominada de La Coruña. El auto llevaba muy poca velocidad, porque a mi nuevo chofer, que es algo distraído, se le habían

olvidado los faros. Yo no iba tranquilo: Nicoleus, mi administrador, me había dicho horas antes, que había una banda de criminales que asaltaba a los automóviles en las carreteras. Además, el día anterior había yo recibido un anónimo muy extraño.

ANTÓN (Por la derecha.) ¿Se puede? (Viene de librea.)

DUQUE (Molesto.) ¿Quién es?

HON. Es Antón, el portero.

DUQUE ¿Qué pasa, Antón?

ANTÓN Hay abajo un camión automóvil que trae cinco mil libros para el señor Duque.

DUQUE (Muy contento.) ¡Oh! ¡La edición del tomo veintitrés.

HON. (Contentísimo.) ¡La edición!... ¡La edición! (A Antón.) Corra usted, que le ayuden Generosa, Isidro, Florentina y Clementina, y que por la escalera de servicio suban los paquetes de libros a la biblioteca.

ANTÓN Como son tantos libros y pesan mucho, diré al (con retintín) «señorito» taquífrago y a la «señorita» *mecanófraga,* que nos ayuden también.

HON. Nada de eso. Con ustedes es suficiente. Si no se suben en once viajes se suben en doce. ¡Vamos!

ANTÓN Caray, es que...

HON. (Enérgico.) ¡Y sin replicar!

ANTÓN (Tragando saliva.) Bueno está, hombre... Si yo fuera guardia todavía!... ¡No se sabe lo que es la salú hasta que se pierde!

DUQUE ¡Ah! Traigan aquí los cinco últimos paquetes.

ANTÓN Está muy bien. (Haciendo mutis por la izquierda, segunda puerta.) ¡Maldita sea! Y mientras, este sinvergüenza, tuteando al Duque. (Vase.)

HON. ¡Estoy muy contento! ¡La edicion! ¡El tomo veintitrés!... ¡Cinco mil ejemplares!...

DUQUE (A Víctor, por Honesto.) ¡Goza como un chico!.. A veces parece una criatura...

HON. ¡Qué labor! ¡Cada ejemplar quinientas páginas! ¡Cada página novecientas ochenta palabras! ¡Cuatrocientas noventa mil palabras cada ejemplar! Los cinco mil ejemplares... ¡agarrarse!... ¡Dos mil cuatrocientos cincuenta millones de palabras! (Conmovido.) ¡Y tú has escrito eso!... (Cogiéndole una mano.) ¡Y yo tengo la fortuna de ser tu amigo!... (Se seca una lágrima.)

DUQUE (Conmovido, abrazándole.) ¡Vamos, Honesto, no seas niño! (Se limpia los ojos.)

HON. (Ocultando el rostro, avergonzado.) ¡Gracias, Octavio!... ¡Gracias!

DUQUE (A Víctor.) Es una criatura. (Se seca también una lágrima.)

VÍCTOR (Igualmente afectado.) Me ha conmovido a mí también. Su transparencia de alma no es nada vulgar. (Pausa.) ¿Cómo titulas este tomo? El veintidós trataba de los mosaicos en Siracusa, ¿no?

DUQUE Sí. Este otro está dedicado a demostrar que las columnas de Hércules eran de azulejos. Creo que va a producir una verdadera revolución. Lo titulo «El zócalo del mundo.» El título me lo sugirió mi amigo y salvador.

VÍCTOR A propósito de tu salvador: no has acabado de contarme lo de la emboscada.

DUQUE Dices bien.

HON. Te suplico que no me sonrojes. Difumina el colorido, en tu relato, por lo que más quieras

VÍCTOR Estabas en que ibas en auto, muy despacio, por la carretera de La Coruña...

DUQUE Sí era la noche del treinta de Abril pasado. Cerca del Puente de los Franceses, una detonación me aterró el ánimo. Frenó el chofer, y este hombre (Por Honesto), ágil como un corzo, asaltó mi coche, y cubriendo mi cuerpo con su cuerpo, y exclamando: «Antes que chamuscarle a usted un noble pelo, pasarán por encima de mi cadáver.» Comenzó a pegar tiros a la atmósfera con rapidez increible. ¿Dónde están mis enemigos? balbuceaba yo trémulo. ¡Quieto!, me respondía él entre detonación y detonación. ¡En las sombras! ¡Oh! Los villanos no contestaban. Sólo se oía el ladrido de los perros y los disparos heroicos de mi salvador. ¿Fueron treinta y cuatro? ¿Fueron setenta y cinco? ¡No lo sé! Se sacaba pistolas hasta del bolsillo interior del chaleco. ¡Bien se portó! En el auto no quedó cristal sano... ¡Gracias!

HON. ¡Bah!

DUQUE Yo estaba, figúrate, medio desvanecido, y el pobre chofer, aterrado, no era tampoco dueño de sí. De pronto oí que Honesto le

gritaba: «Deprisa, al merendero de la Coneja; este hombre debe estar herido.» Perdí el conocimiento.

VICTOR ¡Qué espanto! ¿Y estabas herido?

DUQUE No; eso me salvó. Cuando abrí los ojos, me encontré tendido sobre una mesa y oí que un guardia de orden público, mi actual portero, decía a la Coneja, mi cocinera actual, y a unas muchachas y a un joven que allí merendaban y que también forman hoy parte de mi servidumbre: «Hay que seguir dándole friegas.» Si no estoy herido, exclamaba yo. «¡Por si acaso!», gritaban todos, arreciando en el frote. Honesto no cesaba de ponerme paños con hielo en la nuca y en la frente. ¡Si no me duele la cabeza, señores!, decía yo. «¡Ya le dolerá!», respondía él. ¡Para qué seguir! Me vencieron las cariñosas solicitudes y dejé hacer. Un sinapismo en un tobillo, un parche poroso en un costado, una embrocación de yodo a lo largo de la columna dorsal, un par de sanguijuelas a la altura de los riñones... ¡Qué sé yo! Nunca agradeceré bastante los solícitos cuidados. ¡Nunca! A la mañana siguiente me trasladaron a Madrid bastante enfermo, y yo, reconocido, he admitido a todos en mi casa

HON. Eres la bondad misma, noble Duque.

ANTÓN (Con GENEROSA, ISIDRO, CLEMENTINA y FLORENTINA, cargados con paquetes de libros. Los libros vienen envueltos en papel oscuro y perfectamente atados.) El señor Duque dirá dónde se pone esto.

DUQUE Ahí, en cualquier parte. (Dejan los paquetes en el suelo.) Estas son las buenas almas de quienes te hablé. (Por Antón.) Este era el heroico guardia y esta es la Coneja. (Por Generosa.)

VICTOR Felicito a todos por su nativa bondad y por la protección que ahora les dispensa el Duque.

GEN. Muchisma, señorito. Pa nosotros e talmente un padre.

HON. (Acongojado.) ¡Viva el señor Duque!

TODOS ¡Viva! (Generosa se limpia una lágrima.)

GEN. Yo he tenío siempre muy buena suerte con los señores a quienes he servido. Porque la señora que me proporcionó el Merendero...

¡vaya una señora! Estaba yo en su casa sirviendo y cogí un gripe y me quedé que, vamos, era yo un suspiro. Con decirle a usted que estaba yo en la cama y quería variar de postura: llamaba, y el que venía se mojaba el deo, hacía así... (Acción de pasar una hoja de un libro.) y ya estaba yo del otro lao... Bueno, pues dijo el médico: esta mujer necesita respirar hidrógeno y tomar el sol, y fué mi señora y me alquiló el merendero y me abarrotó de vinos y de embutidos, y me dijo: Ea, todo eso es tuyo; gánate la vida y engorda. Y mire usted cómo me he puesto en dos meses. Bueno, bien es verdad que en los dos meses me he comido tó el abarrote, porque como en el merendero no entraba nadie... ¡Es mucha doña Luz!

HON. (No ha estado mal.)

ISIDRO Como que esa doña Luz acaba en un altar.

GEN. (A Isidro.) Pero, ¿usted la conoce?

ISIDRO A ella debo yo tó lo que soy. En un portal me moría yo de frío y ella me vió, me metió en su coche, me dió de comer y luego me tuvo seis meses en un asilo que ha fundao en Torrejón para obreros cansaos. ¡Es un ángel!

DUQUE No olvidan los favores, Víctor. Son buenos. Esto mismo me lo han contado ya quince veces. Ahora la doncella dirá que esa señora amortajó a su padre.

HON. Esa doña Luz es una señora guapa, ¿no?

FLOR. Guapísima.

HON. (A Florentina.) ¡Ah! ¿Usted también?...

FLOR. Amortajó a mi padre y lo enterró. No le digo a usted más.

DUQUE (A Víctor.) ¿Ves? ¡Son buenos!

ANTÓN (Molesto, aparte a Florentina.) Oye, hija, ya podías haber dicho a tu abuelo materno.

FLOR. Es guapa y elegante y soltera.

HON. Sí; yo tengo una idea. Es una mujer como de cuarenta años.

CLEM. Treinta y cinco a lo sumo.

DUQUE ¿Y se llama doña Luz?

CLEM. Doña Luz Alamín.

DUQUE ¡Oh, sí! Nicoleus me ha hablado de ella. Es riquísima.

ANTÓN Pero, ¿hablan ustedes de doña Luz Alamín? ¡Acabáramos!

DUQUE ¿También la conoce usted?

ANTÓN Anda, ¡y tó el mundo! Como que tiene un corazón... ¡Vaya una señora! Como monte en el tranvía, ya se sabe, se queda siempre en la plataforma para aconsejar a los guardias que no se apeen en marcha. De cuando gastaba yo charrasco la conozco. Sale por la noche disfrazá recogiendo méndigos.

VICTOR ¡Oh!

ANTÓN Entre los pobres la llaman doña Consolatrix Aflictorum.

DUQUE (Atónito.) ¡Antón!

HON. (Dando un gran grito y golpeándose la frente como si se acordara de pronto de una cosa.) ¡Sí! ¡Sí! ¡Riquísima, guapísima y cultísima! Muy aficionada, por cierto, a la cerámica y a los mosaicos.

DUQUE ¿Qué dices?

HON. ¡Doña Consolatrix Aflictorum! ¡Claro! ¡Ella! ¡La millonaria, la caritativa, la maga!

ANTÓN Dicen que todo cuanto hace, lo hace por el cariño de un hombre.

DUQUE ¡Oh! Interesantísimo. ¿Y quién es él?

ANTÓN Chi lo sá.

DUQUE ¡Caramba! ¿Sabe usted italiano?

ANTÓN Chi lo sé.

HON. Pues vive ahí en la casa de al lado.

DUQUE Hombre, deseo conocerla. He oído hablar tanto de esa señora... Porque Casto el chofer la conoce y Felisa la mecanógrafa cuenta de ella que no acaba.

HON. ¡Ay, Duque, si tú encontraras en tu camino una mujer así!

(Entran por la izquierda CASIMIRO y FELISA.)

DUQUE Así quiero yo que sea la elegida de mi corazón. Y ¡quién sabe!

VICTOR ¡Cómo! Pero, ¿hay moras en la costa?

DUQUE Sí, Víctor; creo que me doy de baja en el celibato. Mi prima Ursula tiene una hija modosita, casta, de ademanes recatados y honestos... ¡Como a mí me gusta! Un poco tonta me parece; pero su inocente idiotez me atrae. No puedo sufrir a las mujeres de ahora. (Indignándose poco a poco.) ¡Esas faldas por las rótulas son de una agresividad!...

VICTOR Realmente...

DUQUE (Más indignado.) ¡Esas calles no son calles! ¡Son ferias de pantorrillas! Y ¡vamos! es que no

se puede andar. (Más indignado.) ¡Hay que volver la cara a cada paso! (Indignadísimo.) ¿Quién no las mira también por detrás? ¡¡Oh!! Y luego esos descotes de glorieta, esos resueltos ademanes... ¡Las hay que fuman! ¡Me crispan! En fin. (A Víctor.) ¿Me acompañas a la biblioteca?

VICTOR Vamos adonde quieras.

DUQUE Deseo ver el arreglo que ha hecho este diablo.

HON. No te acompaño, para que puedas censurarme a tu antojo.

DUQUE (Riendo.) Te censuraré y te reñiré. (A Víctor, indicándole la primera puerta de la izquierda.) Pasa.

VÍCTOR Gracias.

DUQUE (A Honesto desde la puerta y riendo como un panoli.) Y te reñiré mucho, mucho, mucho... (Vase con Víctor.)

HON. (Viéndole ir.) Te casas y además te heredo. (Apenas se van Víctor y el Duque, todos los demás toman posesión de butacas, sillones, cojines, etc.)

GEN. (A media voz y en jarras.) Bueno, ¿y esto va a seguir así por in século? ¿Va a seguir la diferencia de clases u qué? ¡Que yo me entere!

HON. Generosa, no cocees.

ANTÓN (Por Generosa.) Aquí tiene razón Honesto.

ISIDRO ¡Pero que le sobra!

FLOR. ¡Ya lo creo!

ANTÓN Eso de que tú comas a la mesa del Duque, y le hables de tú al Duque, y te fumes los cigarros del Duque y esta niña pitonga (Por Felisa.) se pase la vida haciendo que escribe, cuando tós sabemos que esa máquina escribe sola, y este tiriri (Por Casimiro.) se encierre en la biblioteca a copiar garabatos, cuando lo que hace es enseñar a los galgos a tocar, ambos a todos, el matarilerile mientras que nosotros trabajamos, ¿de dónde?

GEN. Eso digo yo. Mi cuerpo serrano también quiere reposo y chaisse-longue.

CLEM. Pues claro; tanta cocina, ¡pa el gato!

ANTÓN Y tanta portería, ¡pa el perro!

FLOR. ¡Y a mí me conceden salida diaria o me voy!

ISIDRO ¡Abajo las castas!

HON. Orden, señores, orden. Las castas no pueden desaparecer y menos en esta ocasión.

En esta farsa cada uno desempeña el papel que le corresponde con arreglo a su talento y a su categoría.

CAS. ¡Claro está!

FEL. Naturalmente.

GEN. Que se callen esos.

FEL. No me da la gana.

GEN. ¡Ay, qué rica! *¡Chais lon* y *chais lon!* (Bota en un diván.)

FLOR. ¡Nos ha fastidiao!

CLEM. ¿Serán frescos?

ANTÓN ¿Pero desde cuándo?

ISIDRO ¡Ansiosos!

CAS. (A Isidro.) A ver si te doy.

ISIDRO ¡A que no!

CAS. ¡A que sí! (Le agarra de las solapas.)

HON. ¡¡Casimiro!!

GEN. ¡¡Isidro!!

FLOR. ¡Por Dios!

CLEM. ¡Ay!

FEL. ¡Que se van a enterar!

NIC. (Entrando en escena por la derecha.) ¿Qué sucede?

TODOS (A un tiempo.) Pues sucede que...

NIC. ¡Hablen bajo!...

(Todos, menos Honesto, que acecha por la primera puerta de la izquierda, temeroso de que vuelva el Duque, quieren explicar a Nicoleus lo que ha sucedido y rompen a hablar al mismo tiempo, dando la sensación de un gran escándalo a media voz, imposible de dialogar. Ni que decir tiene que unos empujan a los otros y los quitan de enmedio para hacerse oir mejor.)

CAS. Sucede que mi padre les ha dicho a estos, y con razón, que en esta farsa cada uno tiene que desempeñar un papel con arreglo a su talento y a su categoría; y los muy brutos, porque son muy brutos, no se hacen cargo de esto.

FEL. (Al mismo tiempo.) Pues mira, lo que pasa es: que estos envidiosos están que echan lumbre, porque ellos quisieran también escribir a máquina en vez de estar en la cocina. ¿Y cómo va a ser posible eso?

ISIDRO (Idem.) Lo que ocurre, ¿sabe usted?, es que aquí o trabajamos tos o no trabajamos ninguno; porque no está bien que yo le saque lustre a las botas de nadie mientras estos se pasean y las dan de señores.

ANTÓN (Idem.) Lo que pasa es que aquí hay que ti-

rar de la cuerda pa to el mundo, porque eso de los previlegios está mandao guardar. Todos somos iguales y todos debemos de ser iguales, eso es.

GEN. (Idem.) Mire usted: aquí lo que ocurre es que a mí me duele ya el alma de trabajar y una no puede ver con paciencia que mientras una echa el bofe, hay quien se pasea con las manos en el bolsillo. Eso no pué ser y no pué ser.

FLOR. (Idem.) Mire usted: no es hablar por hablar, aquí lo que sucede es que no hay igualdad, porque todos estamos aquí a lo mismo y no está bien que para unos sea de día y para otros de noche.

CLEM. (Idem.) Lo que pasa es que no está ni medio bien que mientras una está de esclava en esta casa, haya quien mande en una y disponga de una sin tener derecho, porque aquí todos somos iguales.

HON. (Idem.) Orden, orden, por Dios, que puede volver el Duque y entonces lo echamos todo a rodar. ¡Callarse! ¡No alzar la voz!

NIC. (Idem.) ¡Oh! ¡Oh! Que me vais a poner un poco completamente loco hablando todos al mismo tiempo de una vez. ¡Esto es una jaula de correderas cantantes! ¡Silensio! (Callan todos.) Esto parece plasa de toro con toro pequeño y con público que quiere que el toro sea un poco algo demasiado más grueso y más pistonudo.

TODOS (A un tiempo.) Pero si es que...

NIC. ¡Silensio! Bastante demasiada grande pena tengo yo aquí dentro del alma por esta colosal trapatiesta que me pone un bastante demasiado poco sordo. Yo viene de casa de doña Luz y acaba de decirle yo que ustedes aquí no eran los unos con los otros ni como los gatos ni como los perros, sino como los carneros otros chiquitos de la Pascua de Resurrección.

HON. Borregos.

NIC. Sí, borregos. Y yo no me gusta y yo no permito que se achuchen ustedes. Yo estoy compincheado de ustedes y si por la causa de ustedes el duque ve que yo soy un fresquete sinvergüenza y yo me perjudico, doña Luz les quitará a ustedes la herencia

y yo les quitaré a ustedes la salud de la cara a puño cerrado. ¡Him!

TODOS Pero oiga usted...

NIC ¡Me caso en Wilson; silensio!

FEL. Pero si no ha ocurrido nada, Guillermito. Una ligera discusión...

NIC. (Muy meloso.) ¡Gatita arañosa mía! Tú me dises que lo blanco es de lo negro y yo me pego dos trompadas con el que diga que de lo negro no es de lo blanco. ¡Chata!

FEL. ¿Qué? ¿Has visto a tía Luz?

NIC. Sí, y ella quiere hablar con ustedes. Abran el balcón, que ya hace demasiado un poco tiempo que está allí aguardando.

HON. En seguida. A ver: caras placenteras reveladoras de la más estrecha armonía. (Levanta el transparente y mira a todos como si los fuera a retratar.) Tú, Generosa, apóyate en el hombro de Felisa... Así. Tú, Antón, olvida que has sido guardia y que eres portero; dulcifica el semblante y enlázate a Casimiro como si estuviérais partiendo un piñón. Perfectamente. Voy a abrir. (Abre el balcón. En la casa de enfrente, asomada al otro balcón, está doña Luz.)

LUZ Hola. (Todos le contestan con las manos.) ¿No se puede hablar?

HON. (A media voz y muy fraseado.) Tú, sí; pero nosotros, no. Hay árabes en la orilla.

LUZ ¿Qué? ¿Se llevan ustedes bien? (Todos hacen gestos de afirmación, se dan palmaditas, se toman la cara, se enlazan por la cintura, etc., etc.) Así me gusta. Bueno: he leído el tomo veintitrés (En un grito aterrador.) ¡¡cinco veces!! ¡¡Cinco veces!! (Todos hacen señas de que hable bajo. A media voz.) He agotado el gramo de paciencia que me quedaba. Ahora sí que no tengo ninguna. ¡Uf, ah, oh! (En un grito.) ¡¡Ninguna!!

TODOS ¡Chits! (El mismo juego de antes.)

LUZ (En un suspiro de satisfacción.) ¡Ay! ¡Ya puedo ir a ver al Duque sin tirarme una plancha! ¿Están todos bien aleccionados, Honesto?

HON. Sí; no te preocupes. Te casas.

LUZ (Saltando.) ¡Sí! ¿A que salto?

HON. ¡Paciencia!

LUZ Si hay boda, como con la fortuna del Duque tendré de sobra, al regresar de mi viaje de novios distribuiré la mía entre vosotros.

(Todos se miran electrizados.)

HON ¿Por partes iguales, Luz?

LUZ No; mejoraré a los que con motivo de mi boda van a contraer también matrimonio, ya sea por cariño o por necesidad.

CAS. Gracias, tiíta.

FEL. Muchas gracias.

HON. Muchísimas gracias.

LUZ ¿Eh? ¿Tú también?...

HON. Sí; para lograr el casamiento de Casimiro, para quitarte el peligro de Luisita, tengo que cargar con doña Ursula.

LUZ ¡Qué bueno eres!

ANTÓN (Bajo a Honesto.) Eso es mentira. Lo que tú vas buscando es la mejora.

ISIDRO ¡Eso!

GEN. ¡Valiente fresco!

ANTÓN ¡Valiente sinvergüenza!

HON. ¡El sinvergüenza lo serás tú!

LUZ ¿Qué dicen?

NIC. Nada: son pequeños piropos.

CASTO (Entrando por la derecha.) Acaban de entrar doña Ursula y su hija.

HON. ¡Rompan filas! (A Luz.) ¡Doña Ursula y su hija.!

LUZ Estaré a la mira. Hasta luego. (Todos la despiden con la mano. Luz corre el tapiz de su balcón.)

HON. ¡Vamos! ¡Fuera!

FLOR. (Haciendo mutis con Isidro por la derecha.) Pues eso de que mejore a los que se casan no está bien, porque todos somos hijos de Dios.

ISIDRO Naturalmente. (Se van.)

GEN. (Haciendo mutis con Clementina, por la izquierda, segunda puerta.) Lleve usted el peso del trabajo pa que luego mejore a esos frescales. ¡Quiá! A mí, no. Tos o ninguno.

CLEM. ¡Claro! (Vanse.)

ANTÓN (Haciendo mutis con Casto, por la derecha.) ¡Ese sinvergüenza!..

CASTO ¿Quién?

ANTÓN Tu padre.

CASTO ¡Oiga usted!...

ANTÓN ¡Vamos, quita! (Se van.)

HON. (Frotándose las manos.) Bueno, esto marcha. (A Casimiro.) Niño, ya sabes lo que tienes que decirle a Luisita. Si logras que desilusione al Duque, es nuestra la partida.

CAS. ¿Pero y la madre?

HON. La madre es una mujer muy lista y muy

ambiciosa, y está por mí que brinca. Con la verdad, pienso convencerla. Cuando se percate de que su hija casándose contigo puede reunir la fortuna de su tío y la de tu tía, será de los nuestros.

FEL. ¿Pero vas a decirla?...

HON. La verdad.

CAS. ¿Y no temes?...

HON. Leo en el corazón femenino como en los anuncios luminosos.

CAS. Entonces, padre, ¿no voy a tener más remedio que casarme con Luisita?

HON. Sí, hijo mío.

CAS. ¡Papá, por Dios!

HON. ¡Todos tenemos que sacrificarnos!

FEL. (Mirando a Nicoleus amorosamente.) Todos no, porque yo...

NIC. (Cogiéndola una mano.) ¡Chata!

FEL. Y, dale! No me gusta que me digas chata.

NIC. Ya te he dicho que es una palabra cariñosa, del país japonés, donde yo estuve de cuando era más chiquito. Chata, no es tu mi nariz pequeña, sino mujer linda que se pone cuando uno pasa por la calle con la nariz pegada a los cristales del balcón, para que la vea y parece chata; pero ole, con ele, que no es nariz pequeña, que es nariz aplastada. Luego se va uno, luego se estira. (Poniendole los dedos cerca de la nariz.) ¡Entra por uvos

FEL. ¡Chulón!

NIC (Comiéndosela.) ¡Morena, negrita de las entretelas mías!

CAS. (Que atisba por la puerta de la derecha.) Papá, hace ya un rato que están en el salón

HON. Espera, me llevaré a doña Ursula al comedor, me declararé a ella, y con eso te dejo el campo libre. Ahora te mandaré á Luisita. Mucha retina. Hasta luego. (Se va por la derecha.)

CAS. La verdad es que no sé cómo decirle .. Porque lo que tiene que hacer es tan desagradable...

FEL. Nosotros te ayudaremos, ¿verdad, Nicoleus?

NIC. Yo obedece lo que tú quieres. ¿Qué quieres? (Le achucha fuertemente.)

CAS. (Molesto porque delante de él le abrazan a la hermana.) ¡Hombre!

NIC. (Sin dejar de achuchar.) ¡Que la quiero! ¡Que la quiero!

CAS. Se ve, se ve... Como claro, ya es usted claro.

NIC. ¿Que si estoy claro? ¡Como que estoy colao!

CAS. Bueno, a lo mío; yo creo que si Luisita me encuentra llorando y usted consolándome... ¿eh?

NIC. Muy bastante nuevo. Llore que creo que viene. (Casimiro se tira sobre una butaca, hecho un mar de lágrimas. Felisa y Nicolens le consuelan.)

CAS. ¡No, no, antes la muerte!

FEL. ¡Don Casimiro! (En la puerta de la derecha aparece Luisita, muchacha de veinticinco años, muy delgadita y completamente tonta. Trae un traje largo, sin escote.)

NIC. ¡Pobre buen amigo mío y de toda mi familia!

LUI. (Con la boca abierta.) ¿Eh?

CAS. (Poniéndose en pie de un salto.) ¡No! ¡No han de verlo mis ojos. ¡Mi Luisa de otro hombre, no! ¡Antes me cortaré las venas, me levantaré la tapa, me apuñalaré el corazón!

LUI. ¡No!

CAS. ¡Luisa!

LUI. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Bobito!

CAS. (En trágico.) ¡Ay!

NIC. (¡Ole su madre de él y su madre de ella y la madre mía!)

LUI. (Habla gangosamente, como mascando, y es una «zopazopa» que todo lo pronuncia con la zeda.) ¡Bobito, bobito!... ¡No te pongas azí, que yo también me pongo que no zé cómo me pongo! ¡Que no zé cómo me pongo, bobito!

CAS. ¡Mi Luisa! ¡La mía, sí, la mía!

LUI. ¡La tuya, zí, la tuya!... Aunque mi mamá me monde, la tuya. Aunque me cazen con mi tío, la tuya, porque yo zeré zuya, pero tuya.

CAS. (Apartándose con horror.) ¿Qué dices, Luisa? ¡No! ¿Suya y mía? ¡Ah! ¡No, nunca! Primero el bisturí, la browning, la daga, el escoplo...

LUI. ¡Bobito!

CAS. ¡Calla! Sé que vienes con tu madre para hablar de tu boda.

FEL. ¡Oh!

NIC. ¡Ah!

LUI. Ez coza de mamá, bobito, y me ha dicho que zi no me inzinúo al tío, que me monda, pero

yo no me inzinúo, no. Ya tengo estudiado lo que voy a dezirle.

CAS. ¡Amor mío!

LUI. Zí, muy estudiado. Voy a dezirle: «Tío, no, no y no.» Y a mi mamá zé también lo que voy a dezirle: «Mamá, no, no y no.» Porque no, ea; no y no. Me monda, pero no. ¡Bobito, no!

CAS. ¿Qué lograrán tus pobres negativas? ¡Infeliz de mí! ¡Ay!

FEL. ¡Y pensar que si usted quisiera desencantaría en un momento al señor Duque!

CAS. ¿Eh?

NIC. ¿Qué?

LUI. ¡Ay, zí, zí, zí!... ¡Porque no, no, no! ¡Zí! ¿Cómo?

FEL. Cien veces he oído decir al señor Duque, que él no se casaría jamás con una señorita descocada.

NIC. ¡Oh! ¡Eso es un evangelio de una misa! Los trajes cortos le irritan, los grandes preciosos escotes asomando mucha bonita carno redonda partida, le molestan; las bellas señoritas que se sientan y se ponen la graciosa pata sobre la otra también graciosa pata—¡hijas mías, del alma!—dice que le dan dos patadas. ¡Oh! Si usted hiciera eso esta tarde, el señor Duque, un poco amosqueado, le diría a su mamá doña Ursula: Mira Ursula, yo ya soy de mucha edad para que me enseñe nada tu niña. Llevátela y que la zurzan. Seguro.

FEL. ¡Ya lo creo!

NIC. Y si fumara ante él un cigarro pequeño, de tabaco partido, ¡oh! La arrojaría de aquí con la caja muy destemplada.

LUI. ¡Bobito!

CAS. ¡No! ¡Mi Luisa fumando! ¡Mi Luisa descocada ante un hombre! ¡No!

LUI. ¡Zí!

CAS. ¡Luisa!

LUI. ¡Zí, zí y zí! ¡Porque no, no y no! ¡Zí! Este traje... ¡zí! Venga un pitillo.

CAS. ¡Luisa!

FEL. Déjela. ¡Es una heroína del Amor!

NIC. (Dándole un pitillo.) Es un poco demasiado fuerte, pero no importa.

LUI. (A Felisa.) Venga usted, ayúdeme usted.

CAS. ¡Pero!...

LUI. Por ti, bobito, por ti. (Se va por la derecha, con Felisa.)

CAS. (Cambiando un apretón de manos con Nicoleus.) ¡Gracias, Nicoleus, muchas gracias!

NIC. De poca cosa. ¿Ha visto usted qué pronto se ha hecho cargo?...

CAS ¡Si no será tan tonta como parece!

NIC Es tonta, muy tonta; pero el pensamiento amoroso la aviva como el aire da al fuego apagado fuerza de llama. (Rumor de voces dentro.)

CAS. ¡El Duque!

NIC. Le voy a dar una grande alegría.

(Por la izquierda, primera puerta, entran en escena el DUQUE y VÍCTOR.)

VÍCTOR No creo, querido Octavio, que estés en condiciones de casarte con una chicuela.

DUQUE Es que esa chicuela, Víctor, es honesta, temerosa de Dios y tontita, muy tontita. Es una beata Margarita María de la Coque, sin picardía mundana, no te digo más.

VÍCTOR Sí, pero de todas maneras ..

DUQUE Cuando la conozcas, variarás de opinión, Víctor.

VÍCTOR Celebraré que así sea, Octavio.

DUQUE ¿Qué hay, Nicoleus?

NIC. Una novedad grande. Una persona cuyo nombre me está prohibido decir, me ha entregado esto para usted. (Le da un pequeño azulejo.)

DUQUE ¿Eh? ¿Qué es esto? (Emocionadísimo, tembloroso.) ¡Un mosaico de Delos! ¡Ochenta y seis años antes de Cristo!...

VÍCTOR ¿A ver?... Sí: es auténtico.

DUQUE ¡Ya lo creo!

VÍCTOR Y tiene un jeroglífico.

DUQUE ¡Casimiro!... ¡La lupa!... (A Nicoleus.) Pero, ¿quién le ha proporcionado?...

NIC. No estoy autorizado para decírselo.

CAS. Tome usted... (Le da la lupa.)

DUQUE ¡Oh! Este ejemplar faltaba en mi colección. Soy feliz, completamente feliz. Ayúdame, Víctor, hay que descifrar este jeroglífico.

(Se sientan a la derecha. Nicoleus mira al balcón de Luz, ésta asoma la cabeza y Nicoleus le dice por señas que el Duque está encantado con el azulejo.)

HON. (Por la derecha. Aparte a Casimiro.) Arreglado.

CAS. ¿Eh?

HON. Ursula es de los nuestros. ¿Y Luisita?

CAS. Conforme en todo.

HON. (Acercándose al Duque.) Tu prima Ursula está en el comedor arreglándolo todo para tomar el té.

DUQUE Bien, bien: no estoy ahora para nada. Tengo que descifrar el jeroglífico que contiene este tesoro.

HON. ¿Eh? ¿Pero qué es eso?

DUQUE Fíjate: un mosáico de Delos.

HON. ¡Oh!

DUQUE Vamos a ver, vamos a ver. Mira: tiene un Saturno entre nubes, una pareja que se aleja de Saturno como diciéndole algo y una momia a sus piés.

(Por la derecha entran en escena LUISITA y FELISA. Luisita se ha atado el traje de forma que la falda le llega casi a las rodillas. Trae un descote descomunal, especialmente por la espalda. Las pantorrillas son ferozmente gordas.)

CAS. (¡Jesús!)

NIC. (¡Atiza, manca!)

HON. (¡María Santísima!)

FEL. (¡Yo creo que la mata!)

LUI. (Aparte a Casimiro.) Todo por ti, bobito.

CAS. (Examinándola.) ¡Dios mío, qué birria!

FEL. (A Nicoleus.) Fíjate qué piernas.

LUI. Buenas tardes, tiíto.

DUQUE (Sin mirarla.) Buenas tardes.

VÍCTOR Muy buenas. (Asombrado.) ¿Eh?

LUI. (No me ha visto el tito.)

VÍCTOR ¿Y esta es la sobrina honesta? No: yo no puedo continuar aquí ni un momento más. (Se levanta.)

LUI. (A Felisa.) ¿Cómo era ese cantar que me enseñó usted, que se me ha olvidado?

FEL. Ahora no puedo repetírselo.

LUI. Bueno: yo lo cantaré como me parezca. El asunto es que mire. (Cantando con música del dúo de «La Duquesa del Tabarín.) «Ven tú, bobín, ven tú, bobín, al Tabarín... al Tabarín...»

DUQUE (Mirándola y quedándose de una pieza.) ¡Cielos!

LUI. (Bailando sosamente y levantando una pierna.) ¡Al Tabarín!...

DUQUE (De pie, horrorizado.) ¡Dios mío!

LUI. (Como antes.) ¡Al Tabarín!...

DUQUE ¿Pero qué es esto?

LUI. (¡Ahora la carcajada!) ¡Ja, ja, ja!... (Ríe pavamente; se deja caer en una butaca y monta una pierna sobre la otra.)

VÍCTOR (Muy seriamente al Duque.) ¡Quédate con Dios!

DUQUE (Horrorizado.) ¡Víctor! (Le retiene.)

VÍCTOR ¡Déjame! (Mirando despectivamente a Luisita.) ¡No vale nada! (Requiere su teja y hace mutis por la derecha más serio que un ciprés.)

DUQUE ¿Y es esta mi sobrina? ¿Esta es la casta? ¡Maldita sea la casta! (Gritando.) ¡¡Ursula!!... ¡¡¡Ursula!!!

LUI. (Ahora mi madre me monda, pero no me importa. Todo por mi bobito.) (Se dispone a encender el cigarro.)

DUQUE ¡Y va a fumar!... (Gritando.) ¡¡Ursula!!...

LUI. (Cantando y encendiendo el cigarro.) «¡Agua que no has de beber...» (Fuma y le da un golpe de tos que medio se ahoga.)

FEL. ¡Ay!

CAS. ¡Que se ahoga!... (Acude a ella.)

NIC. ¡Que se muere!... (Idem.)

HON. ¡Señorita!

LUI. (Medio ahogada.) Agua que... (Tose.)

DUQUE ¡¡Y sigue cantando!!

URS. (Por la derecha.) ¿Llamabas, Octavio? ¿Eh? ¿Qué sucede?

DUQUE (Por Luisa.) ¡Mira!

URS. ¿Eh?

HON. (Aparte a Ursula.) Que es cosa nuestra.

DUQUE ¡Mira a tu hija!

URS. ¡Bah! Eso le sucede siempre que fuma.

DUQUE ¿Pero?...

URS. Traedla, traedla; le daremos un poco de agua y en seguida se le pasará.

DUQUE ¡¡Ursula!!

URS. Anda, ven... (Dios mío, cómo se ha puesto.)

LUI. ¡Mamá!...

URS. Anda, ven, ven... (Mutis por la izquierda, primera puerta, con Luisita.)

DUQUE ¡Sí, fuera; idos todos! ¡Todos! ¡No quiero ver a nadie! ¡¡A nadie!!

HON. ¡Querido Octavio!..

DUQUE ¡¡A nadie!! (Se deja caer en una butaca.)

NIC. (Haciendo mutis por la izquierda primera puerta con Casimiro.) Sea enhorabuena.

CAS. Estoy disgustadísimo. Es tonta y además no tiene más que huesos. (Mutis.)

HON. (Haciendo mutis por la izquierda con Felisa.) En

mal momento va a llegar la tía Luz, pero en fin, confío en su talento. (Vanse.)

DUQUE (Al verse solo.) ¡No, no!... ¡¡No!!

LUZ (Por la derecha.) ¿Se puede? (Viene lujosa y honestamente vestida y trae un libro en la mano.)

DUQUE (Levantándose.) ¿Eh? ¿Quién?

LUZ ¿Tengo el gusto de hablar con el señor Duque de Calamarca?

DUQUE Para servir a usted, señora.

LUZ Muchísimas gracias.

DUQUE Hágame el favor de tomar asiento.

LUZ (Sentándose.) Gracias.

DUQUE (Sentándose también.) Usted me dirá, señora, en qué puedo servirla.

LUZ (Como una exhalación.) Ante todo, suplico a usted que me perdone el atrevimiento; pero yo soy así. Lo que pienso lo llevo a la práctica sin reflexionar. Carezco de paciencia y además procedo por ímpetus, por impulsos. Hubiera podido presentarme a usted algún amigo de ambos; pero, no. Hubiera sido preciso esperar y yo no sé esperar. (Cogiéndole rápidamente la mano y oprimiéndosela, llevándosela al corazón.) ¿Cómo está usted?

DUQUE Perfectamente, señora; usted me dirá...

LUZ Yo, señor Duque, soy una ferviente admiradora de usted.

DUQUE (Algo en guardia.) ¿Eh?

LUZ Sigo muy de cerca sus investigaciones histórico-artísticas.

DUQUE Muy amable.

LUZ Poseo los veintitrés tomos que lleva usted publicados acerca de la historia del mosaico.

DUQUE ¿Los veintitrés?

LUZ Los veintitrés. (En un grito nervioso.) ¡¡Y los he leído!! (Refrenándose, enmendándose y muy melosa.) Y los he leído...

DUQUE Permítame que me extrañe. Habrá usted leído veintidós. El tomo veintitrés...

LUZ Helo aquí. Hace tres días que lo tengo en mi poder. (Se lo muestra.)

DUQUE ¡Tres días!

LUZ Su editor de usted, el señor Macías no hace los cinco mil ejemplares que usted le encarga; hace cinco mil uno. Este uno, que es el primero, es siempre para mí. Suelo dar por él cantidades fabulosas, es cierto; pero logro

la satisfacción de poderme llamar, sin mentir, la primera de sus lectoras.

DUQUE (Perplejo.) Señora, no sé qué contestar a usted ni cómo darle las gracias por la distinción de que me hace objeto.

LUZ (Casi sin dejarle terminar.) Yo soy la agradecida, señor Duque, toda vez que debo a su talento de usted los más felices ratos de mi vida.

DUQUE ¡Por Dios!

LUZ Yo he gozado muchísimo leyendo sus obras. Ya el primer libro, «El origen de la musivaria», me interesó; pero luego, ¡oh! aquel de los mosaicos caldeos... ¡El de los pavimentos de Pergamón!... Y, sobre todo, aquel tomo que estudia el ábside de Trebisonda y la catedral de Cefalia... ¡oh! ¡He llorado!

DUQUE (Entusiasmado.) El diez y ocho...

LUZ Justo; el diez y ocho. Ese es, históricamente, mi libro de oraciones.

DUQUE (Loco.) ¡¡Señora!!...

LUZ Este último es una maravilla. ¡Oh, la historia de la Iglesia de Vergara del Monte! Cuando llega una a enterarse, después de diez y seis capítulos, de que no hay modo de saber por qué está cerrada... ¡salta una de emoción!

DUQUE Me sonroja usted.

LUZ Y, sobre todo, después de leer el tomo, no es posible dudar de la existencia de la misteriosa Atlántida.

DUQUE ¿Verdad?

LUZ Sí; se ven sus fábricas de cerámicas; se ve a Salomón encargando aquellos objetos de arte que le asombraron a él mismo, y, sobre todo, se ven las Columnas de Hércules con sus espirales de azulejos metálicos refractando la luz...

DUQUE (Nervioso balbuciendo de gusto, desfallecidísimo.) ¡Señora, me electriza, me entusiasma, me asombra su sabiduría, me conmueve usted!

LUZ ¡Maestro y amigo! .. Permítame que me adjudique este título.

DUQUE ¡Usted tiene derecho a poseer todos los títulos del mundo!

LUZ Deseo un favor.

DUQUE Concedido, sea el que fuere.

LUZ Que me dedique de su puño y letra este libro. ¿Pido demasiado?

DUQUE ¡Por Dios, señora! Con mil amores. Me honra usted con esa súplica.

LUZ (Presentándole el libro.) Muy amable.

DUQUE (Disponiéndose a escribir.) ¿Qué nombre debo poner?

LUZ Luz Alamín.

DUQUE ¿Eh? ¿Usted? ¿Pero es usted?... ¡¡Usted!!

LUZ ¿Eh?

DUQUE No podía ser otra.

LUZ ¿Cómo?

DUQUE Señora, un torrente de simpatías me arrastraba hacia usted, pero ahora al saber que es usted la mujer santa, la mujer caritativa, la maga de la bondad y de la virtud, debía yo escribir esta dedicatoria de rodillas

LUZ ¡Duque!

DUQUE Sí, de rodillas, señora; de rodillas Un momento. (Se sienta y escribe.)

FEL. (Por la izquierda.) ¡Oh! ¡Señora!... ¡Bondadosa señora! (La besa una mano.)

LUZ ¡Muchacha!...

FEL. (Al Duque.) ¡Es la protectora de mi familia!... Con el permiso del señor Duque. (Se acerca a la primera puerta de la izquierda y llama.) ¡Casimiro! ¡Venga usted: esta aquí doña Luz Alamín!... Perdóneme, señor Duque, pero también él debe a esta señora su felicidad.

DUQUE El y yo, Felisa. A mí también me ha hecho feliz esta tarde.

LUZ Yo soy ahora la que se sonroja, Duque.

DUQUE Tome usted, señora. (Dándole el libro.) En la dedicatoria he puesto mi alma.

LUZ (Apretando el libro contra su pecho.) ¡Oh!...

CAS. (Por la izquierda.) ¡Doña Luz! (Le besa la mano.)

GEN. (Idem.) ¿Pero es verdad lo que he oído? ¡Sí! ¡Mi señorita de mi alma! (Nuevo beso. Se limpia las lágrimas.)

CLEM. (Idem.) ¡¡La señora!!

FEL. R. (Idem.) ¡¡Señorita!!

ISIDRO (Por la derecha, con Casto y Antón.) Ahí la tienen ustedes.

CASTO Perdone, señor Duque, pero esta señora es para mí más que mi madre.

ANTÓN ¡La de la plataforma! ¡Una santa!

LUZ ¡Dios mío! Me aturden ustedes. Ignoraba que estuvieran ustedes aquí ¿Cómo es posible que no les haya visto nunca, viviendo tan cerca?

DUQUE ¿Eh? ¿Pero vive usted cerca?

LUZ Ahí enfrente. Aquel balcón es el mío.

DUQUE Jamás me había fijado. ¡Soy tan distraído!...

HON. (Con Ursula, Luisita y Nicoleus por la izquierda primera puerta.) ¿Eh? ¡Sí! ¡Es la maga!... ¡Señora! (La besa la mano.)

NIC. Buenas tardes, doña Luz.

LUZ Hola, Nicoleus.

URS. Señora, conozco sus bondades y sus virtudes, y tengo un verdadero placer en rendirle pleitesía.

LUZ Muchas gracias, señora.

URS. Luisita, saluda con todo respeto a esta bienhechora de la Humanidad.

LUI. (Acercándose a doña Luz.) Con mucho gusto, mamá. ¿Cómo está usted, señora?

LUZ Bien, muy bien, ¿y tú, mujer?

LUI. Perfectamente, para servir a Dios y a usted.

LUZ (Quitándole el lazo que se ha puesto para subirse la falda.) Eres muy mona y tienes cara de ser muy buena, hija mía. Muy buena.

TODOS ¡Oh!

LUZ (Subiéndole la blusa y ocultándole el escote.) Yo tendré mucho gusto en verte por mi casa, donde no faltará para tí algún lindo regalo.

LUI. Muchas gracias.

DUQUE ¡¡Es una santa!! ¡Qué lección le ha dado a Ursula.

NIC. (Al Duque. Por doña Luz. Déla usted las gracias por el bonito azulejo.

DUQUE (Con el azulejo en la mano.) ¿Pero, fué usted quien?...

LUZ Sí; lo arranqué de un friso pompeyano... ¿Ha descifrado usted el jeroglífico?

DUQUE No.

LUZ Pues, es muy sencillo: Un dios, una pareja, un cadáver... Casamiento y mortaja del cielo baja.

DUQUE Me abisma su talento.

LUZ ¡Por Dios! (Alargándole la mano.) Duque...

DUQUE (Besándosela.) Señora: me ha enloquecido usted.

LUZ Gracias.

URS. No te molestes, Octavio, nosotros la acompañaremos.

LUZ Adiós todos. Adiós...

GEN. ¡Señora!...

CLEM. ¡Señorita!...

TODOS ¡Señora!...

(Se van por la derecha, Luz, Ursula, Luisita, Florentina, Honesto y Casimiro. Por la izquierda, primera puerta, Felisa, Casto e Isidro. Por la izquierda, segunda puerta, Generosa y Clementina. Quedan en escena el Duque y Nicoleus.)

DUQUE (Que se ha quedado en el centro de la escena medio lelo, embobado y mirando fijamente el azulejo.) (¿Qué es esto? ¿Qué pasa por mi?)

NIC. Cuando se ve uno de cerca con una mujer así, se comprende lo muy poco, bastante menos, que valen las otras muchas mujeres.

DUQUE ¡¡Nicoleus!! ¡Y por si fuera poco, entiende de mosaicos.

NIC. Sí, señor. Es linda mujer.. , ¡y mosaicófila!

DUQUE (Llamando.) Casimiro. .

CAS. (Por la derecha.) Señor Duque...

DUQUE Vamos a trabajar. (Sí; porque es mi talento; son mis libros los que me han proporcionado esta emoción tan dulce.) A ver: lea usted las seis últimas cuartillas taquigráficas.

CAS. (Arrea! ¿Qué le leo yo a este hombre?) (En este momento, en la habitación de enfrente, aparece DOÑA LUZ con el libro en la mano.)

DUQUE (¡Ella!...) ¡Márchese, Casimiro; quiero estar sólo!

CAS. (Menos mal.) (Se va por la izquierda. Doña Luz se quita el sombrero, se sienta cerca del balcón y abre el libro.)

DUQUE (Con el azulejo en la mano.) (Va a leer la dedicatoria. Verá que he puesto en ella mi alma.)

LUZ (Leyendo.) ¡Oh! «A doña Luz Alamín, *consolatrix aflictorum*, con el agradecimiento de mi alma...» ¡Ay! (Suspira y besa la dedicatoria.)

DUQUE (Besando el azulejo.) Si no me caso con esa mujer, me levanto la tapa de los sesos.

(Por todas las puertas asoman las cabezas de Honesto, Nicoleus, Casimiro, Generosa, Felisa, etc., etc , que se miran satisfechos y como diciendo: «esto ya está en casa.» Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Los balcones abiertos. Es de día. Un día del mes de octubre.

(Al levantarse el telón están en escena NICOLEUS y DON TEODOSIO. Nicoleus de chaquet.)

TEOD. Entonces, se han pasado todo el verano en Pamplona, ¿no?

NIC. Sí señor. Cuando se unieron en boda se fueron ellos, los dos, a la Venecia, porque doña Luz quería contemplar la ciudad..., húmeda de agua de lagos. Luego estuvieron en Niza, y después, los meses de «julia», «agosta», «septiembro» y lo que va de «octubra», lo han pasado en Pamplono, donde el señor Duque posee un colosal palacio con bonitos y colosales jardines de todas las flores.

TEOD. ¿Y regresan a Madrid esta tarde?

NIC. Esta tarde; y como doña Luz, al marcharse, me dijo a mí que lo tuviera todo listo para que a su vuelta pudiera en seguida repartir toda su gran fortuna entre sus parientes, yo le he llamado a usted para darle esta «minota», que será la base de la escritura de... de... de largar la guita toda a todos uno a uno de nosotros. (Le da una nota.)

TEOD. (Examinándola.) ¿Pero, va a ceder en vida toda su fortuna?

NIC. Oh, sí, señor.

TEOD. ¿Y por partes iguales?

NIC. Sí, señor. Ella no tenía unas fuertes ganas de que fuera así y de esta manera; pero, tie-

ne que ser de esa manera y así por la culpa de esos grandes... colosales.

TEOD. No comprendo...

NIC. Doña Luz quería, de amor, mejorar a los que se casaran también con ocasión de su boda, es decir, a mi querida esposa y a mí, a Casimiro y a Luisita y a don Honesto y a doña Ursula.

TEOD. ¿Pero, qué me dice usted, que ese don Honesto se ha casado con la viuda de Alón?

NIC. El mismo día que se casaron sus hijos de ellos dos.

TEOD. ¡Qué locura! Lo harían buscando la mejora.

NIC Sí. Pero le ha salido la otra del otro lado.

TEOD. ¿Cómo?

NIC. La contraria.

TEOD. Explíquese usted.

NIC. Que los otros parientes, para hacerles buen fastidio, se han casado tambien.

TEOD. ¿Que se han casado?

NIC. Al ver que doña Luz me ordenó que diera a mi esposa, a Casimiro y a don Honesto, veinticinco mil pesetas, como bonito extraordinario regalo de boda, los muy canallas gordos, por no perderse este regalo y la mejora, se han casado los unas contra los otros. Antón con Generosa, Florentina con Isidro, y Clementina con ese otro aquél, un poco demasiado sucio, de Casto el chaufer.

TEOD. ¡Lo que hace el dinero!

NIC. ¡Oh! Pero se verán en la miseria obscura. Ya se han gastado todos ellos los cinco mil duros, y se gastarán lo mismo, igualmente, siempre, el millón y medio de pesetas que han de recibir, porque les ha dado a todos por la esa buena vida de gastar bravamente sin hacer nada: por la milicia.

TEOD. Usted confunde la milicia con la molicie.

NIC. Eso, molicie: vivir con lujo, comida colosal, tumbarse a la Bartolomea... Son sinvergüenzas, ambiciosos. Nos han perjudicado.

TEOD. Bueno; pues yo estudiaré la minuta y prepararé la escritura para que la firme doña Luz cuando lo estime oportuno. (Se levanta.) Luego vendré a tener el gusto de saludarla.

NIC. Pues, vaya usted entonces a su casa.

TEOD. Sí, señor; a mi casa voy.

NIC. Digo que, para saludarla, vaya usted enton-

ces a su casa de ella, ahí enfrente, porque, según me dice en el telegrama que he recibido hoy, van a vivir allí hasta que el señor Duque termine la obra

TEOD. ¿Qué obra?, ¿la de los azulejos?

NIC. No; la obra que está haciendo en esta casa de él.

TEOD. ¡Ah! Bueno; pues allí iré. Adiós, amigo Nicoleus

NIC. Le beso la mano; pero se la estrecho.

TEOD. No se moleste en acompañarme.

NIC. ¡Oh! Tuviera que ver, que no faltara más. (Se van los dos por la puerta de la derecha. En el balcón de enfrente aparece DOÑA URSULA en traje de calle y hecha un brazo de mar.)

URS. (Llamando hacia la casa del Duque.) ¡Riquín! ¡Nestín! ¿Estás ahí? ¡Asómate, monín!

(Por la derecha entra en escena HONESTO. Viene hecho un cromo. Levita gris, sombrero de copa gris y gemelos a la bandolera. Al oir a Ursula se detiene para no ser visto por ella.)

HON. (¡Maldita sea tu noble estirpe, respetable parche poroso!) (Con el bastón, y procurando no ser visto, cierra los cristales del balcón.)

URS. ¿Quién cierra?

HON. (Bajando el transparente.) (¡Anda y que te hilvanen, cotorra peruana!) (Resoplando.) ¡Señores, y qué señora! Yo hubiera preferido las broncas a los empalagos; porque a ver qué hace un hombre con una mujer que todo lo encuentra bien, que es un ángel, que lo quiere a uno a cegar, y que tiene cincuenta y dos años!

NIC. (Por la derecha.) Veo que ha recibido usted a tiempo mi carta.

HON. Sí; me la llevaron al Liceo de América, donde estaba aguardando la hora de las carreras de caballos, y he dejado a la carrera las carreras para venir a verle, también a la carrera.

NIC. ¿Y su esposa?

HON. La he mandado a casa de Luz para que vea si está todo listo Como me dice usted en su carta que llegan hoy y que van a vivir allí...

NIC. Sí.

HON. Ya era hora de que regresaran, amigo Nicoleus. Estaba yo un poco inquieto.

NIC. Pues lo que a mi más bastante me ha inquietado es el telegrama de doña Luz.

HON. ¿Eh? ¿Qué ocurre?

NIC. Lea usted. (Le da un telegrama.)

HON. (Leyendo.) «Madrugada. . Llegaremos mañana veintisiete. No esperen estación. Viviremos en mi casa. Aguárdenme todos a las cinco en la del Duque. Iré de ocultis. Duque desconoce aun mis relaciones de parentesco y complicidad con todos. Luz.

NIC. ¿Qué le parece a usted?

HON. ¿Que todavía no le ha dicho?... ¿Temerá que el Duque la repudie al saber lo que hemos hecho para atraparle?... Porque, caramba, le hemos tomado el pelo de un modo... ¡Bah! ya se arreglará. Cosas más difíciles se han arreglado.

NIC. ¿Usted lo cree?

HON. Claro está, hombre. Lo importante es que ella apoquine.

NIC. ¿Cómo dice?

HON. Que reparta su fortuna, como ofreció, y aunque esos canallas nos la han mermado un poco... ¿A cuánto tocamos, amigo y pariente?

NIC. A un millón quinientas mil pesetas para cada pareja.

HON. Algo más merecíamos Casimiro y yo, que somos los que más hemos trabajado y los que peor hemos escapado, porque tenemos un par de señoras...

NIC. Pero, es que esas señoras son las que heredarán en su día al señor Duque, y váyase lo uno por aquello lo otro.

FEL. (Por la izquierda, segunda puerta, en traje de casa.) ¡Hola, tío Honesto!

HON. Dios te guarde, mujer.

FEL. ¡Qué elegante!

HON. ¡Psch! Siempre he vestido, Felisita, bien lo sabes. Qué, ¿no hay novedad?

NIC. (Ruboroso.) ¡Oh, novedad! (Cruzando las manos y bajando la cabeza, como si pudiera ser él el preñado.) ¡Todavía no hay de qué, muchas gracias!

FEL. Afortunadamente. No quiero novedades de esa clase, tío. Ya ve usted cómo está la pobre Luisita.

HON. Es que Luisita es tonta, sobrina, y con la novedad se le ha agudizado la tontería de tal modo que no hay quien la aguante.

NIC. Oh, sí, pero... (Volviendo al rubor.) ¡Quién fuera ella! (A Felisa, tocándole la cara.) ¿Verdad?

FEL. ¡Vamos, quita!

HON. Y lo peor es que su madre le ha tomado envidia. ¡Mira tú que a los cincuenta y dos años!... Bueno; todo lo malo que yo he hecho en este mundo lo voy a pagar ahora.

FEL. Oiga usted, tío: me han dicho que al tío Antón le ha dado ahora por achicarlo a usted.

HON. Calla, mujer. Hace el ridículo de un modo... Además, creo que Generosa y él se dan unas palizas... Y siempre hacen tablas.

NIC. ¿Qué es lo que hacen?

HON. Que se enredan y nunca puede el uno más que la otra. Cuando se cansan lo dejan para el día siguiente, y así llevan una temporada. (Rumores de voces dentro.) ¡Caray, ahí está ya la mermelada!

URS. (Por la derecha, a Honesto, riñéndole mimosamente.) ¡Qué arrogante! ¡Picarín! ¿Pero no me has oído? Te he estado llamando. ¡Nestín!... ¡Monín!...

HON. Saluda primero, mujer.

URS. Ya saben todos que mis primeras frases son para mi Nestitín. ¿Cómo va, Nicoleus?

NIC. De la primera, señora.

URS. ¿Y tú, picaruela?

FEL. Ya usted lo ve.

URS. ¿No hay novedad?

FEL. No, yo no, ¿y usted?

URS. (Sonrojada.) ¡Ay! ¡Yo! ¡Por Dios! ¿Tú oyes esto, Honesto? ¡Jesús!

HON. Vamos, vamos; déjame en paz.

URS. Delante de la gente las da de arisco, pero cuando estamos solos es un berlingón de canela.

HON. ¡Calla, calla, Ursula!

URS. De modo que esta tarde llegan los pamploneños, ¿no?

NIC. Dentro de un poco rato.

URS. ¡Oh! Creo que Octavio está enamoradísimo de Luz.

FEL. No me explico cómo han podido estar tanto tiempo en Pamplona.

URS. Aquello es muy lindo; no te fíes del nombre de la población: es muy lindo, y como a ellos el calor no les molesta... En la única

postal que ha escrito Octavio nos lo decía. «Nos quedamos aquí porque tengo la suerte de que a esta Luz no le molesta el calor.» (Rumores de voces dentro.) ¿Eh? ¿Es mi hija? Sí. ¡Oh, vendrá quejándose como siempre! ¡Me crispa! En vez de quejarse debía dar gracias a Dios Yo en su lugar... ¡¡Ay!!...

NIC. ¡¡Oh, y yo!!

(Por la derecha entran en escena LUISITA y CASIMIRO. Ambos elegantemente vestidos. Luisita viene alicaída y muy desmejorada.)

CAS. ¡Hola!

(Luisita se deja caer en una silla.)

URS. ¿Qué tal? ¿Cómo sigues, hija mía?

LUI. (Mas tonta que nunca.) ¡Ay, mamá! ¡Estoy muy molestita, muy molestita. Fatiguitas, calambritos y muy inapetentita.

URS. Pues no debías quejarte. Es ofender a la Providencia por el bien que te depara.

LUI. Pero, mamá, ¡si estoy muy molestita!...

FEL. (Acercándose a ellas.) ¿Qué, Luisita: molestita?

LUI. Muy molestita, Felisita.

NIC. (Acercándose.) ¿Qué, siguen las fatigotitas?

LUI. Siguen las fatiguitas y los calambritos. Estoy muy molestita y muy inapetentita.

NIC. ¡Oh! ¡Pues me alegro bastante!

CAS. Bueno: ¿está todo arreglado para la llegada de los tíos?

NIC. Sí.

CAS. ¿Y por qué no quiere usted que bajemos a la estación?

NIC. Lea el telegrama. (Le da el telegrama.)

CAS. (Después de leerlo.) Caramba, no me gusta esto. A ver si a última hora...

HON. ¡Quiá!

NIC. (A Casimiro.) A usted le da lo mismo, porque amaestrando animalotitos se va a hacer muchimillonario. Me han dicho que ha vendido ayer un gallo en ocho mil pesetas.

CAS. Sí señor Qué animal tan listo! Y ya ve usted: lo he enseñado en nueve días.

URS. ¿Y qué hacía, Casimiro?

CAS Nada. Se le ponen cien cartones, cada uno con una letra y él coge los cartones con el pico y hace letreros.

NIC. ¡Oh, colosal!

CAS. Pues lo gracioso es que yo le enseñé a poner un solo letrero que decía: «¡Vivan los vege-

tarianos!», y él, miren ustedes si será listo, pone de motu propio dos letreros más: «Muera el arroz» y «Abajo las paellas». ¿Verdad que es asombroso?

FEL. Ya lo creo.

HON ¿Qué tienes ahora entre manos?

CAS. Ahora estoy enseñando a un galápago a andar por el alambre, pero es dificilísimo; creo que no lo voy a conseguir.

(Por la derecha entran en escena ISIDRO y FLORENTINA, CLEMENTINA y CASTO Ambas parejas del brazo. Ellas de sombrero y compuestísimas, y ellos de chaquet y sombrero de copa alta. Casto viene completamente afeitado y pelado. Parece otro. No trae más que un churrete en la frente. Vienen en plan de achicar a todos.)

ISIDRO Buenas.

CASTO Muy buenas.

(Florentina y Clementina saludan con una ordinarísima inclinación de cabeza. Todos los personajes que están en escena se quedan, primero, con la boca abierta y luego, disimulan la risa.)

CAS. (¡Atiza!)

URS. (¡Jesús!)

FEL. (¡Cómo vienen!)

HON. (Al mono le ha gustado la copa alta.)

NIC. (Aparte a Honesto.) Están muy de la primera. El chofer es un gran mamarracha...

HON. Es mi hijo.

NIC. ¡Oh! Perdone el colamiento.

CASTO (Algo quemado.) ¿Se pué saber qué pasa con tanta risita?

FEL. No te enfades, hombre; es que un chofer vestido así, pues .. choca

CASTO Choca, ¿eh? Lástima no fuera verdad.

CLEM. (A Casto.) Déjala, que to eso es envidia.

ISIDRO Tomen ustedes asiento. (Por la ropa.) Ya ven ustedes que aquí el que no corre, vuela.

HON. (Tentándole el faldón.) Del Aguila, ¿no?

ISIDRO Porque no la hay mejor.

FLOR. (A Isidro.) Bajate de ojal la leontina. Casimiro lleva el reloj en el bolsillo estomacal y no en el pectoral. (Isidro obedece.)

CASTO (Quitándose la copa alta.) (¡Lo que pesa este gasómetro!) (Se le ve el churrete de la frente.)

CLEM. (A Casto.) Ya tienes un churrete en la frente.

CASTO Pues me lo dejas. ¡Más restregones no, caray, que estoy ya en carne viva!

ISIDRO (A Florentina, señalándole los piés de Casimiro.) Mira. Ya te decía yo que los botines se llevaban de un mismo color los dos. Estoy haciendo el pagüés.

FLOR. Tienes razón. Disimula. (Con chunga a Luisita.) Y tú, prima: molestita, ¿eh?

LUI. Muy molestita.

CLEM. Qué, ¿siguen los calambritos?

LUI. Los calambritos y la inapetencia. Estoy inapetentita.

FLOR. ¡Válgame Dios!

LUI. Traes un traje muy bonito.

URS. Sí; y le cae muy bien. Como es mona...

ISIDRO Oiga usted, parienta: reticencias, no, porque mato a uno. Eso de mona se lo guarda usted.

URS. Le aseguro que no lo he dicho con segunda.

HON. Claro, ha dicho que es mona porque es mona.

ISIDRO (Cargado.) Tío Honesto, que yo me quito el chaquet y me lío a tortas y no dejo aquí títere con cabeza.

TODOS ¿Eh?

NIC. (Poniendo paz.) ¡Vamos, vamos!

ANTÓN (Con Generosa, por la derecha.) Muy buenas tardes.

GEN. Buenísimas.

(Los dos vienen del brazo y como para ponerlos en una vitrina. El de levita, pantalón claro y corbata roja de plastrón. El sombrero de copa le está grande. Ella de mantilla negra, con una gran peineta. Antón trae un ojo acardenalado y Generosa viene con un cardenal en la barba y un chichón en la frente.)

NIC. (¡Qué birria!)

CAS. (¡Qué horror!)

URS. (¡Por Dios, dan risa!)

HON. (¡Cómo se conoce a los *parvenus!*...)

LUI. (Riendo a carcajadas,) ¡Charlotesco!... ¡Charlotesco!...

(Hay las naturales miradas de odio y de desprecio.)

ANTÓN Si la envidia tiñese, Pellico se hubiera, habría o hubiese arruinado.

GEN. Y que lo digas, sub ayes y corrobores.

NIC. (A Felisa, muy molesto.) No me gusta ver a tu madre en el gran ridículo. Viene ordinaria con esa colosal piñata en la cabeza.

FEL. ¡Piñata! (Rectificando enérgica.) ¡Peineta!

NIC. ¿Qué dices?

FEL. ¡Que digas peineta!

NIC. (Ruboroso.) ¡Oh! ¡Yo no digo esas cosas!

ANTÓN (Que habla con Isidro.) Tú en nuestras cosas no tienes que meterte.

ISIDRO Es que mi madre trae un nuevo chichón.

ANTÓN ¿Y lo que yo traigo en el ojo es un monóculo?

FLOR. Claro, si ella atiza él no se va a estar quieto.

GEN. (A Florentina.) Tú te callas.

ANTÓN Nos vamos a callar todos; que aquí no hemos venido a dilucidar esas cuestiones.

GEN. (A Antón.) Esposo: pregunta a nuestro hijo Nicoleus lo que nos interesa saber.

ANTÓN Voy. (A Nicoleus.) Enterados de la llegada de Luz y suponiendo que el reparto será hecho a la mayor brevedad, deseo saber a cuánto tocamos, duro más o duro menos, más bien más.

NIC. Aquí tengo hecha la cuenta con todos los antecedentes a la vista. Aguarden un momento. (Se sienta a la mesa y examina unos papeles.)

URS. (Aparte a Honesto.) Nestín.

HON. Déjame, déjame.

URS. Verás en cuanto me polvorée cómo se polvorean todas. (Abre su bolso, saca un espejito y se da polvos.)

FLOR. (Sí, sí; como que me vas a achicar tú.) (Abre también su bolso y hace otro tanto.)

CLEM. (Ya verás.) (Hace lo mismo.)

GEN. (Las voy a dejar tamaritas.) (Abre su gran bolso y saca una borla de tamaño natural y se atiza una de polvos que acaba estornudando.)

NIC. Aquí están todos los justificantes. Doña Luz heredó nueve millones de pesetas, de manera que tocamos a un millón quinientas mil pesetas por matrimonio.

ANTÓN En duros.

NIC. Trescientos mil duros.

HON. Entonces quiere decir que Luz se ha gastado todos los años la renta íntegra.

NIC. Claro.

HON. ¡Qué manera de despilfarrar!

URS. Ya, ya; qué escándalo.

CASTO Y lo que nos toca, ¿qué renta produce?

NIC. Pues unas doscientas ocho pesetas diarias.

ANTÓN En duros.

NIC. Cuarenta y uno y tres pesetas.

GEN. ¡Mi madre!

ISIDRO ¡Mi abuela!

CASTO ¡Mi tía de mi alma!

ANTÓN Tenemos para árnica y aún nos sobra.

HON. Mucho más ricos seremos Casimiro y yo cuando el Duque la entregue.

FLOR. Bueno, la tía no se echará para atrás a última hora, ¿verdad?

HON. Si se echa para atrás, con darle un empujón para adelante ..

LUI. (Que junto al balcón mira a través de los visillos.) ¡Ay! ¡Ya! ¡Ya han llegado! ¡Ya están ahí!

TODOS ¿Eh? (Se agolpan al balcón.)

HON. ¿A ver?

NIC. Cuidado: no conviene que el Duque nos vea.

GEN. Jesús, qué gruesa viene.

FEL. Y qué guapa.

URS. También Octavio parece más remozado.

CLEM. Espera: la tía mira hacia aquí con insistencia...

HON. Hay que hacerle señas cuando el Duque no lo advierta; dejadme.

CAS. Prudencia, padre.

HON. Descuida.

CAS. ¡Ahora! (Honesto levanta un visillo y hace señas.)

FEL. ¿Os ha visto?

CAS Sí: ha hecho señas de que aguardemos.

VÍCTOR (Por la derecha.) Buenas tardes.

HON. ¿Eh?

NIC. ¿Quién?

HON. ¡Oh! ¡Don Víctor!... (Le saluda. Don Víctor viene pálido y un poco demacrado.)

VÍCTOR ¡Amigo Jarana! Qué, ¿ha llegado el Duque? He recibido un telegrama anunciándome su vuelta...

HON. Sí, creo que acaba de llegar. Está en casa de su esposa.

VÍCTOR (Por Ursula.) Aquella es la prima del Duque, ¿no?

HON. Sí

VÍCTOR Señora... (La saluda.)

FEL. ¿Qué ha sido de usted, que no le hemos visto en todo el verano?

VÍCTOR He estado muy enfermo. Una neurastenia agudísima rayana en la enajenación. ¡Horrible! ¡Espantosa! Nada, que me dió por confundir los conceptos y hasta las personas. Veía lo que no era, y lo que no era, no lo veía. Debilidad cerebral.

URS. ¿Y está usted mejor?

VÍCTOR Mucho mejor, sí, señora. Aún de vez en vez, me confundo un poco, pero, en fin, me echo un rato y en cuanto me descansa el cerebro, me alivio. ¡Oh! Antes era horroroso: porque me echaba, me dormía y me despertaba con tal excitación, que rompía muebles y enseres.

URS. ¡Jesús!

VÍCTOR Sí, señora, sí, un espanto... (Por Casimiro.) Hombre: aquél muchacho es el taquígrafo.

URS. Es mi hijo Casimiro.

VÍCTOR ¿Eh? ¿Pero usted no tenía una hija?...

HON. Que es ahora hija mía.

VÍCTOR ¡Pero no puede ser!

URS. Sí, señor, mi hija es hija de mi esposo, como el esposo de mi hija, que es hijo de mi esposo, es hijo mío por partida doble.

VÍCTOR (Mirándoles estúpidamente.) ¿Cómo?

URS. Que es hijo mío dos veces: como hijo de mi esposo y como esposo de mi hija.

VÍCTOR (Secándose el sudor.) No, si mejor estoy; pero a veces... Claro, estas cosas no se curan en tres días...

HON. ¿Cómo dice usted?

VÍCTOR Nada, que estoy viendo a todos esos y creo que son los criados del Duque. (Se acerca a ellos y los mira.)

HON. (Aparte, a Ursula.) Hay que tener cuidado, porque si éste va ahora al Duque y le cuenta que ha visto a esos sin que Luz haya preparado a su esposo...

URS. Sí; tienes razón.

VÍCTOR ¡Caray! ¡Pero si es que son ellos! (A Honesto.) Aquélla es la cocinera, ¿no? Y aquél es el portero. (Por Generosa y Antón.)

HON. No: esa señora es hermana de la Duquesa, y aquél es su esposo, padre de aquélla señorita, casada con el hijo de su esposa, que es sobrino de la Duquesa.

VÍCTOR (Boquiabierto.) ¡Ah! Ya ven ustedes... yo jurería... ¡Y no son más que espejismos!

HON. Sí, sí, se ve que está usted incapaz.

VÍCTOR (Los vuelve a mirar.) ¿Pero aquél no es el chaufer? (Por Casto.)

HON. Es mi hijo Casto.

URS. Nuestro hijo Casto.

VÍCTOR ¿Cómo? ¿Ya? ¿Pero tan crecido?... (Secándose

de nuevo el sudor.) ¿Habría aquí dónde echarse un rato?

HON. Sí; ahí, en la *chaisse-longue* de la biblioteca.

VÍCTOR Es verdad. Voy con el permiso de ustedes... En cuanto me echo y duermo diez minutos se me quita. (Haciendo mutis por la primera puerta de la izquierda, muy nerviosamente.) ¡Qué lástima! ¡Tan bien como yo estaba! (Vase.)

CASTO (Mirando hacia la derecha.) Silencio: creo que es la tía.

TODOS ¿Eh?

CASTO Sí: es ella.

HON. ¡Por fin!

(Todos se arreglan un poco, y al ver aparecer a LUZ, abren los brazos y se dirigen a ella diciendo al mismo tiempo.)

URS. ¡Luz!

GEN. ¡Hermana!

LUI. ¡Tiita!

HON. ¡Mujer!

ANTÓN ¡Querida Luz!

NIC. ¡Señora!

LOS DEMAS ¡Tía!

LUZ (Calmosa como las tres de la tarde del día quince de agosto.) ¡Oh! ¡Nada de ímpetus! ¡Poquito a poco! ¡Paciencia! «Qui va piano va lontano».

TODOS ¿Eh?

LUZ (Abrazando a unos, besando a otros y saludando a todos.) ¡Qué grandísima satisfacción!... ¡Pero qué buenos están ustedes todos!.. ¡Y qué elegancia!... (A Luisita.) Ya sé, mujer, ya sé... Te felicito. Y enhorabuena a todos, ¡a todos! Acercadme un asiento. (Todos corren a buscar lo que pide.) No, no, sin precipitación; calma, calma... Hablemos con calma. Calma requieren las cosas.

HON. Pero tú... ¿calma tú?

LUZ Sí, Honesto, soy otra. No sé si es el trato con mi marido o el clima de Pamplona lo que ha puesto freno a mis nervios, pero soy otra. Casarme y... ponérseme los nervios laxos, fué todo uno. Casi puedo decir que soy una mujer reflexiva, y hasta irritante, de pura «guasa» que tengo Calma, pues.

GEN. ¡Por Dios, hermana!

HON. No te creo, no te creo.

FEL. ¡Pero qué gruesa viene usted!

LUZ ¿Verdad? Es la felicidad, hija mía. ¿Ustedes también son dichosos en su nuevo estado?

HON. ¡¡Oh!

ANTÓN ¡¡Uf!!

FEL. (Acariciando a Nicoleus.) ¡Muy dichosos!

NIC. (Derretido.) ¡Gitanota!

HON. (Acariciando a Ursula.) El matrimonio, querida Luz, es la más suprema de las venturas.

CAS. Es verdad.

CASTO (Acariciando a Florentina.) Todos nos queremos muchísimo.

ISIDRO (Idem a Clementina.) ¡Muchísimo!

LUI. (Idem a Casimiro.) ¡Bobito!

GEN. (Idem a Antón, suspirando. ¡Ay!

TODOS (Suspirando amarteladamente.) ¡¡¡Ay!!!

LUZ (Encantada.) ¡Qué cuadro!... Así me gusta... Vuestras bodas no me extrañaron. La de Antón y Generosa, sí. Esa fué para mí un golpe tan agradable como inesperado. Siempre tuvieron los dos muy buenos golpes.

HON. Ahora es cuando los tienen maravillosos.

LUZ ¿Eh? (Antón y Generosa ocultan el rostro.)

HON Como están tan contentos...

LUZ ¡Ah!

HON Y hablando de algo que a todos nos interesa, Luz: es preciso que nos digas qué actitud debemos adoptar ante tu esposo.

CAS. Es verdad.

HON. ¿El ignora aún que somos tus parientes?

LUZ Sí, lo ignora. Cree que continúan ustedes aquí en su casa en calidad de asalariados como antes. Por eso, mi afán de entrevistarme con ustedes para resolver.

GEN. ¿Pero, tú no le has contado la verdad?..

LUZ No he tenido valor para hacerlo. Dado su modo de ser rigorosista y severo, dado su amor a la verdad, he temido que al conocer el secreto de tanta superchería, dudara de mi rectitud y de mi cariño; creyera que yo era una ambiciosa de su título y no una enamorada de sus virtudes y de sus méritos. No; no quiero exponerme a perder su cariño; no quiero que sepa jamás que le hemos engañado.

CAS. Pero, eso... Eso es casi imposible, tía Luz.

ANTÓN ¡Y tanto!

HON. Imposible no es, señores.

ISIDRO Pero, ¿no comprende usted que si nos ve por ahí, de esta conformidad?...

HON. ¿Y por qué ha de vernos? El mundo es muy grande. Si no conviene que vivamos en Madrid viviremos en cualquiera gran población del mundo: en Berlín, en París, en Reus... Si es preciso emigrar se emigra, pero la felicidad de Luz debe ser para nosotros lo primero.

GEN. Eso, desde luego.

FLOR. Claro está.

CLEM. Ni que decir tiene.

LUZ Gracias, hijas mías, gracias. La proposición de Honesto es la única aceptable Deben ustedes salir de Madrid. Nicoleus es el único que debe quedarse.

ANTÓN Bueno; pero... (Hace señal de dinero.)

CASTO Claro; primero... (Idem)

ISIDRO Naturalmente, porque sin eso... (Idem.)

LUZ ¿Qué dicen?

HON. Ya lo supondrás, Luz: que primeramente hay que arreglar la cuestión monetaria...

LUZ Sí; desde luego; Nicoleus dará a cada uno. . tres mil pesetas para los gastos del viaje, y mensualmente girará cincuenta duros a cada matrimonio.

TODOS (Extrañadísimos.) ¿Eh? (Se miran unos a otros con la boca abierta.)

HON. ¿Cincuenta duros?

ANTÓN ¡Luz!

LUZ ¿Os parece poco?

GEN. ¿Pero, estás loca?

LUZ ¿Yo?

HON. Recuerda, querida Luz, que a cambio de lo que has conseguido, nos prometiste distridistribuir entre nosotros toda tu fortuna.

LUZ (Azorada.) Sí...

GEN. Fué una promesa formal.

LUZ Sí, sí...

ANTÓN Tu marido es archimillonario y, a Dios gracias, no necesitas de tu fortuna para vivir.

LUZ Es cierto. Y aseguro a ustedes que cuando lo prometí estaba realmente dispuesta a cumplirlo, pero...

TODOS ¿Eh?

ANTÓN A ver, a ver, que se explique.

LUZ (Cada vez más azorada.) Las circunstancias han

variado, y no por lo que a ustedes respecta, sino por lo que a mí se refiere. Esa fortuna no me pertenece ya.

HON. ¿Qué dices?

LUZ El clima de Pamplona...

HON. ¿Pero, quieres acabar de una vez?

LUZ No sé..., pero siento fatiguitas, calambritos, y estoy muy molestita y muy inapetentita. (Se oculta el rostro.)

TODOS ¡Oh!

HON. ¡Tú!

LUZ ¡Sí! Dentro de seis meses, el ducado de Calamarca, tendrá un heredero. (Quedan todos de una pieza.)

HON (Conteniendo su indignación.) ¡A tus años! ¿Y tú eres la que te habías curado de las precipitaciones?

URS. (¡Ella también... ay!)

NIC. ¡Qué colosal envidia siento!

CASTO (¡Lávese usted para esto!)

HON. (¡Y para esto he ligado yo mi existencia a la de esta ostra femenina?)

CAS. (¿Y para esto he llegado yo al colmo del sacrificio? Porque me he casado.. ¡y voy a tener sucesión!)

LUI. (Abrazando a Luz.) Se sufre mucho, fatiguitas, calambritos...

FLOR. (A Isidro.) ¿Qué te parece, tú?

ISIDRO Que te estoy viendo de soltera otra vez.

FLOR. ¡Isidro!

CASTO ¡Quiá, este timo no lo consiento yo!

GEN. (Que en último término, discute con Antón, le da una bofetada que lo deja anestesiado.) ¡Toma! (Revuelo general.)

ANTÓN (Tambaleándose.) ¿Dónde estoy?

FLOR. (A Generosa.) No le pegue usted a mi padre!

CLEM. (A Generosa.) ¡Bestia, más que bestia!

ISIDRO (Cogiendo por el cogote a Clementina.) ¡Que es mi madre!

LUZ (Deteniendo a Luisa y doña Ursula que pretenden abalanzarse también.) ¿Pero qué es esto, señores? (Todos se sueltan.) ¡Calma! ¡Calma!

GEN. En nuestras discusiones no tiene nadie que meterse. Yo le pego a este, porque pa eso es mi marido.

ANTÓN Era.

GEN. ¿Eh?

ANTÓN Desde hoy te vas a pegar con tu sombra;

con esos cincuenta duros viviré yo solo, y muy a gusto.

CASTO (Empujando a Clementina.) ¡Solo, no; con ésta, que es su hija!

ISIDRO (Empujando a Florentina.) ¡Y con esta también!

CLEM. ¡Casto!...

FLOR. ¿Pero qué dices, Isidro?

CASTO Donde no hay harina...

LUZ ¿Pero aquellas protestas de cariño?...

ISIDRO Miau.

FLOR. ¡Dios mío! (Llora, abrazada a Clementina.)

LUZ Nunca lo hubiera imaginado.

HON. Que ida Luz, ponte en razón. Estos y yo, no es que nos hayamos casado por el interés, pero contábamos cada uno con la sexta parte de tu fortuna. El que más y el que menos se ha acostumbrado a la buena vida, y hasta ha pedido dinero a cuenta del donativo, y a ver que hace uno ahora cargao de obligaciones y con cincuenta duros.

CAS. ¡Claro!

URS. (A Honesto.) Por mí no te inquietes, riquín. Yo contigo, pan y cebolla.

HON. Y un jamón.

URS. ¡Nestín!...

HON. Como vuelvas a diminutiviarme, te chafo el crepé. ¡Tú, con tu hija!

CAS. Y yo, con mi padre.

URS. ¡Honesto!

LUI. ¡Mama!... (Lloran las dos.)

LUZ ¡Qué horror, Virgen Santa!

ANTÓN Ya ves lo que has conseguido.

LUZ ¿Pero qué culpa tengo yo?...

CAS. No, si la vamos a tener nosotros. ¡Nos ha fastidiao!

HON. Yo, lo que digo, es que a mí no se me toma el pelo en balde. ¡Ea! O tú cumples lo que prometiste, o ahora mismo busco al Duque y le pongo en antecedentes de cuanto ha ocurrido.

LUZ ¡No! ¡Ay! No dadme disgusto en este estado. Respetad mi estado.

CAS. Es que el estado nuestro, tía, es también como para mirarlo con una lupa.

HON. (A los demás.) Señores: el que esté conforme que me siga.

ANTÓN Vamos.

LUZ El que en algo me estime, que se quede

(Todas las mujeres se agolpan a ella. Nicoleus queda en el centro, solo.) ¡Ah! ¡Ingratos! ¡Desagradecidos! ¡La providencia os castigará!

HON. Por última vez.

LUZ ¡No! Y tened en cuenta que Dios castiga sin palo ni piedra.

HON. Antes de cinco minutos sabrá el Duque cuanto debe saber.

DUQUE (Entrando en escena por la derecha, seguido de Teodosio. Muy digno.) El Duque ya lo sabe, señores.

TODOS ¡Oh!

LUZ ¡Ay!..

DUQUE Don Teodosio, al consultarme sobre cierta donación, me ha puesto al corriente de lo que se me ocultaba.

TEOD. (A Luz.) Perdón, señora; yo creí que el señor Duque sabía...

LUZ ¡Octavio!

DUQUE (Solemnemente.) Un momento.

HON. Celebro, Duque amigo, que las circunstancias me hayan relevado de las molestias de una delación. Tú eres hombre de palabra, y sabrás aconsejar a tu esposa que cumpla la suya.

DUQUE Haced el favor de aguardarme en la Biblioteca.

HON. Con mil amores. (Se dirigen a la primera puerta de la izquierda, Antón, Isidro, Casto, Casimiro y Honesto.)

GEN. (Lloriqueando, a Antón.) ¡Mal hombre!... ¡Y decías que ya no podías vivir sin que yo te pegara diariamente!.

ANTÓN (Despectivamente.) ¡Ah! (Mutis.)

FLOR. (Lloriqueando también, a Isidro.) ¡Canalla!... ¡Era mentira tu cariño!...

ISIDRO (Sin mirarla.) ¡Puaf!... (Mutis.)

CLEM. (A Casto.) ¡Ingrato!... ¡Cuándo había logrado verte limpio!

CASTO (A Clementina.) Desde mañana me voy a bañar en alquitrán! (Mutis.)

LUI. (A Casimiro.) ¡Bobito!... ¡Bobito!...

CAS. ¡Déjame! (Mutis.)

URS. (A Honesto.) ¡Nestín!

HON. (Haciendo mutis, huyendo de ella.) Que te zurzan. (Mutis.)

LUI. ¡Mamá!

URS. ¡Hija mía! (Se abrazan llorando. En un grupo, aparte, se abrazan Nicoleus y Felisa.)

CLEM.
FLOR.
URS. (Llorando a un tiempo.) ¡Ay!...
LUI.
GEN.

LUZ (Tristemente.) Yo también tendré que llorar como vosotras. (Dando un paso hacia el Duque, en actitud resignada.) ¡Octavio!...

DUQUE (Solemne.) No he querido que esos hombres, ingratos, escuchen lo que voy a decirte, Luz mía.

TODOS ¿Eh?

DUQUE Luz, un día feliz para mí, puse en tus manos mi nombre, mis blasones, mi hacienda, mi vida. Hoy, has crecido tanto a mis ojos, que lo que puse en tus manos, no está ya en tus manos, está a tus piés.

LUZ ¡Octavio!

DUQUE Sí, Luz mía; don Teodosio tiene razón. Lo que has hecho revelaba en ti tal deseo de hacerme feliz, que lejos de merecer vituperio merece alabanzas. No podré pagarte tanta felicidad ni aun besando los azulejos que pisas.

LUZ ¡Octavio de mi vida!

DUQUE Bendita tú, madre futura de mis hijos, porque espero que sean más de uno...

LUZ (Ruborosa.) ¡Oh!

DUQUE Y benditos los que te ayudaron a engañarme. No tú, sino yo, he de recompensarlos espléndidamente.

TODOS ¡Ah!

NIC. ¡Es un genio grande!

DUQUE Nicoleus, veinte mil duros a cada una de esas señoras.

LUZ Sí, a ellas, sólo a ellas; siendo ellas las dueñas del dinero, ellos, los egoistas, los ingratos, se unirán a sus esposas y acatarán su voluntad.

TODAS (Suspirando.) ¡Ay!

DUQUE En nombre de mi heredero, hago esta donación, Luz; Luz, bendita. (Suena dentro un estrépito formidable: muebles que se caen, gente que grita y pide auxilio.)

TODOS ¡Jesús!

CAS. (Entrando en escena con las manos en la cabeza.) ¡Ay que estacazo!

LUI. ¡Bobito!... (Se abraza a él.)

CASTO ¡Luisita de mi vida!

ISIDRO (Con un ojo negro.) ¡Mi madre, que palo!

GEN. ¡Hijo mío!

FLOR. ¡Isidro! (Se abraza a él.)

ISIDRO ¡Florentina de mi alma!

CASTO (Con la frente sangrando.) ¡Mi abuela!

CLEM. ¡Casto! (Acude a él.)

CASTO ¡Clementina de mi vida!

ANTÓN (Tambaleándose.) ¡Me ha matao!

GEN. (Recogiéndole.) ¿Quién le ha pegado a mi marido, que me lo como?

ANTÓN ¡Negra de mis ojos!

HON. ¡Ay! ¡Que le sujeten!

URS. ¡Nestín! (Le abraza.)

HON. Entra ahí, que te van a dar un recado.

VÍCTOR (Como un fantasma, con los pelos de punta y un garrote en la mano.) ¿Dónde estoy?

DUQUE ¡Víctor! (A duras penas le sujeta, ayudado por don Teodosio.)

LUZ ¡Esta vez, el Sumo Hacedor, ha castigado con una tranca!

DUQUE El dolor les ha unido.

LUZ Así, abrazadlas. Sabed que el señor Duque ha donado a cada una de ellas veinte mil duros.

ELLOS ¡Oh!

LUZ Y yo donaré otros veinte mil, pero con una condición. Mañana, todos vosotros, excepto Luisita y Casimiro, saldreis para Pamplona, y no regresareis hasta que aquel bendito clima haya producido su benéfico resultado.

DUQUE Ya lo habeis oído. Dad todas, a Luz...

TODOS ¿Eh?

DUQUE Las gracias más expresivas.

TELÓN

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición).

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Cuarta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición).

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer, paso de comedia.

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.

Lola, diálogo.

Tal para cual, juguete cómico.

La primera lección, monólogo.

Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Los Florete, juguete cómico.

El sino perro, entremés.

El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.

Boceto al óleo, juguete cómico.

Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.

La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.

La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.

A la lunita clara, entremés.

A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.

El gordo en Sevilla, sainete.

Para pescar un novio... paso de comedia.

El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.

La fuerza de un querer, comedia en un acto.

¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.

La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Paz y Ventura o el que la busca la encuentra, sainete en un acto y en prosa, música de los maestros Fuentes y Foglietti.

Albi-Melén, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

La última astracanada, juguete cómico-lírico en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, música del maestro Eduardo Fuentes.

Los rifeños, entremés en prosa.

El oro del moro, sainete en dos actos, inspirado en una copla andaluza.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición).

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus piés, entremés.

La fórmula 3 K^5, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

BINDING SECT. FEB 25 1969

PQ
6623
U5C5
1920

Muñoz Seca, Pedro
El clima de Pamplona
2. ed.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 03 12 023 5